

Fronteras a la construcción de la identidad en un mundo sin límites: jóvenes en busca de un sentido

El mundo a tiempo real supone un enigma conforme se desarrolla. Esto sucede de forma necesaria dado que nos hallamos inmersos en él y por tanto carecemos de la distancia necesaria para poder analizarlo adecuadamente.

La realidad de la moderna sociedad global determina un abanico de configuraciones inabarcable. Opciones sin cuento se plantean a los individuos constantemente y estos deberán interactuar con ellas en orden a realizar sus propias identidades. La característica esencial del panorama actual responde a una ausencia de límites perceptibles.

El objeto de este estudio pretende plantear las problemáticas que revisten una especial relevancia a la hora de concebir una identidad propia. Evolucionado como lo han hecho, los límites sobre los que se construye ésta en un mundo globalizado parecen haberse disuelto en el infinito.

Partiremos de la premisa según la cual la identidad se construye fundamentalmente a lo largo de unos años cruciales que cristalizan en lo que consideramos la juventud. Esto dicho así resulta una obviedad. Sin embargo no es menos cierto que el concepto de juventud ha variado sustancialmente en los últimos años y ya no coincide exactamente con lo que venía definiéndose hasta hace escasas décadas por referencia a una franja cronológica. Sin meterme ahora en la dificultad que entraña determinar las fronteras de dicha concepción en términos de un mundo global, aspecto que trataré en el artículo de forma más precisa, justo es señalar que estos límites a la identidad se establecen en dos direcciones: la primera parte del individuo que en contacto con el entorno exterior proyecta su acción y sus aspiraciones desarrollando su voluntad y su intelecto. La segunda viene propiciada por el límite que imponen -independientemente de la circunstancia histórica- las personas y el marco social, político, económico e intelectual que configuran. Este marco puede interpretarse de muy distintas formas y poseer múltiples aspectos pero he preferido por cuestión de claridad reducirlo a un número de coordenadas determinado: espacial, histórica, simbólica y laboral. La idea fundamental persigue reflejar a través de la contraposición entre las circunstancias vitales de las generaciones actuales y las de generaciones pasadas cómo han evolucionado estas coordenadas.

Palabras clave: sociedad informacional, globalización, identidad, límite, juventud, modelo de eficiencia, muro de proyección.

1. Introducción

Supongo que sería una de esas mañanas que anteceden al otoño en la provincia de Castellón y que se caracterizan por una suave brisa que se deja calentar por el sol, hace al menos ciento ochenta y dos años. Vicente Carconielo se personó ante las autoridades eclesiásticas para protagonizar una de las historias más peculiares de la ciudad de Alcora. Ante el rector y juez comisionado al efecto, el presbítero y varios miembros de su familia, confesó que aquel nombre por el que todos, incluidos mujer e hijos, le conocían no era el suyo. Para más inri no era ni siquiera español. Su nombre auténtico era Carlos Provincial y había nacido en el palacio del rey de Nápoles en 1794. Difícil sería imaginar el impacto que causase semejante

revelación en los presentes, especialmente en su mujer, con la que había engendrado diez hijos de los que le sobrevivían seis en aquel momento. De golpe y porrazo la primera pregunta que a uno le habría de venir a las mientes sería la razón por la que un aristócrata napolitano, vástago de un miembro de la real cámara de Fernando I se había convertido en Vicente Carconcielo, portero de la Real Fábrica de Alcora.

La llegada de las tropas francesas a Nápoles había supuesto la huida del monarca a Sicilia seguido de su corte a excepción del progenitor de Provinciale a quien, por hallarse enfermo, no le quedó otra que permanecer en palacio y recibir a los nuevos dueños del reino.

Pese a la insistencia de éstos, Provinciale padre se negó a ocupar puesto alguno en la nueva administración, siendo desterrado por ello a Aversa junto con su familia. Parece ser que este rechazo absoluto al nuevo orden imperial no fue secundado por la familia en su conjunto. El joven Carlos, de catorce años de edad, seducido posiblemente por la épica marcial de los uniformes se enroló a escondidas como trompeta en el regimiento primero de línea francés. Con él penetró en España en 1808 y de él desertaría más tarde para formar bajo las banderas españolas en 1811. Los motivos nunca los declaró, fuera oportunismo o convicción, la cuestión queda para el espectro de Carconcielo-Provinciale.

Sin embargo las tribulaciones del joven trompeta no terminaron aquí. Tras luchar bajo las ordenes del padre Asencio Nebot, fue apresado nuevamente por lo franceses, que no lo fusilaron de milagro, pues tuvo la astucia de simular una españolidad de pura cepa. Enviado prisionero a Flandes permaneció allí hasta la paz de 1814. Sin embargo tal era el temor que le inspiraba la reacción de su familia por lo que interpretarían como una traición al reino que Provinciale se sinceró con el general encargado de recibir a los prisioneros de guerra, rogándole que le permitiera reintegrarse al ejército y regresar a España. Los años pasaron y una vez licenciado del servicio el ahora Carlos Carconcielo establecióse en Alcora, halló trabajo en la real fábrica y formó familia más que numerosa.

Mientras tanto la rama Napolitana, creyendo muerto al díscolo vástago, siguió su rumbo vital que ineludiblemente desemboca en la muerte. Pero como tras ésta quedan las herencias, y aquellas aristocráticas suelen ser de las que no se menosprecian, Carconcielo decidió sacar el Provinciale que llevaba dentro para reclamar la dejada por su padre, si no para sí al menos para sus seis hijos. Así se desvelaba la trepidante historia de un joven, el padre de mi tatarabuelo, que con catorce años se vio en la vorágine de aquel modelo global de los de a golpe de sable que pretendió imponer bajo el eslogan de la revolución y los ideales ilustrados el famoso corso. En una época en la que el tiempo de duración de un viaje de Madrid a París se contaba por semanas no se puede menospreciar la experiencia que como él vivieron miles de jóvenes que recorrieron Europa y el mundo a toque de corneta. Claro que los modelos y los motivos eran muy distintos, estas diferencias y sus inevitables similitudes son las que a continuación vamos a analizar.

2. Identidad

Las vivencias que uno experimenta a lo largo de su desarrollo no suponen un monótono encadenamiento en la larga sucesión de diapositivas destinadas a ilustrar de forma aséptica el paisaje por el que discurre nuestra existencia. El hombre es centro de constitución de su propia identidad y es una actividad de cuya responsabilidad no puede abdicar. Todo aquello que nos afecta y todo cuanto afectamos se transforma en eje sobre el que construimos nuestro yo.

El propio cuerpo se convierte en límite físico a la proyección mental y desde ésta asistimos al mundo de fuera, aquel en el que somos. Qué seamos dependerá de dos vectores fundamentales. Por un lado aquel que se proyecta como prolongación de la conciencia hacia el exterior definiendo las cosas y las situaciones con respecto a nosotros mismos como núcleo central de referencia. Por el otro el que converge en nuestro ser; una dirección de llegada determinada por la existencia limitante de los otros individuos con quienes nos encontramos y que ejercen de reflejo consciente a nuestra persona. Podríamos decir que de esta manera se conforma el plano de coordenadas en el que se determina la especificidad de nuestra conciencia personal. De modo que lo que en primera instancia resulta evidente es que se trata de una geometría de orden variable según lugar y circunstancia. El ámbito en el que esta interacción se desarrolla ha venido siendo cada vez más el espacio urbano, la ciudad y en las últimas décadas la ciudad global como antena repetidora de las ondas informacionales en un mundo globalizado.

Lo que diferencia esencialmente al mundo actual del que les tocó vivir a nuestros abuelos o a nuestros bisabuelos, es que la interacción a través de la que se definían las fronteras de la identidad del individuo eran mucho más inmediatas para estos que para la juventud actual. Mientras que los medios de intercambio de información en el pasado, debido a una tecnología rudimentaria, se basaban casi esencialmente en el diálogo directo, "*la revolución informacional*" ⁽¹⁾ del último tramo del siglo XX ha propiciado una reinención radical de los modos de relación entre las personas. Esto ha afectado de manera directa a conceptos y valores que, hasta el momento, parecían inamoviblemente anclados en la tradición humana. Plataformas como Facebook, Twitter e Instagram, entre otras, permiten elaborar proyecciones retocadas a priori del propio yo, además de ampliar el ámbito de relaciones hasta el infinito. Huelga decir que este desarrollo también aumenta la virtualidad de las mismas. El tímido oficinista veinteañero recién licenciado se transforma verbi gracia en la nube informática en un audaz aventurero, en un irredento juerguista o en un intelectual sesudo. Por otro lado facilita que personas altamente cualificadas, al embocar el inicio del recorrido profesional, adquieran un acceso directo y privilegiado a los últimos progresos habidos en su campo. Los contenidos de conocimiento se desarrollan de una forma casi automática mientras el tiempo se traduce en una abstracción menguante hasta propiciar la interacción a tiempo real con autoridades docentes a las que antaño jamás hubiesen podido acceder, por no hablar del abanico de objetivos que se despliega hasta límites jamás sospechados por generaciones pasadas. Si bien es cierto que aumenta la virtualidad, también lo es que el terreno acotado de las oportunidades se vuelve océano de exploradores, pero en ambos casos el ecosistema de relaciones se transforma poderosamente y con él el de la percepción del propio Yo.

Una de las primeras sorpresas que se lleva el artista bisoño cuando se traslada a Berlín es la de que el modelo de entrevista con la galería es totalmente diferente a la tradicional muestra de dossier a la que estaba acostumbrado en España. Uno se personará en el lugar esperando ser recibido en algún momento por el galerista en carne y hueso, cosa que por lo general no sucederá. En su lugar se es invitado a solicitar una cita vía correo electrónico y por el mismo medio a deslizar su trabajo en soporte digital. En muchos casos nunca se llega a ver al destinatario pero se entra en contacto con un amplio abanico de otros artistas en la misma tesitura. Se forma de esa manera una suerte de inconsciente tejido cultural que ya viene condicionado por la red. De modo que será esencial para el futuro del trabajo artístico que este sea adecuadamente reproducible en un medio digital. El arte pasa a generar un espacio en múltiples dimensiones. Una de las más importantes se despliega en torno al ecosistema desarrollado en el circuito de inauguraciones y actos varios que se celebran en salas de exposiciones y muros. Si estamos en una ciudad global este espacio proporciona un intenso foro de intercambio

⁽¹⁾
(Gaja i Díaz, 2010).

transversal. Artistas de diferentes nacionalidades acuden como medio de introducirse en el mercado, abriendo el campo para un público multicultural a su vez susceptible de trasladar su posición desde el mero espectador a la de cliente o a la de crítico en su vertiente de internauta privado o público. La galería privada, por su parte, dentro de la estructura de esta torre de babel, es a su vez cúspide y base. Al mismo tiempo que garantiza el acceso del artista a un mercado no por ello deja de depender de las fluctuaciones de una audiencia que ya no es necesariamente la del comprador directo o la del crítico del diario local. Mañana mismo puede ser el día de la revelación a miles de kilómetros de distancia... o un minuto más en la nada de un infinito ostracismo. Es de señalar que mientras un móvil traslada a tiempo real las imágenes de una instalación o un performance por encima de mares y continentes, la impresión y la respuesta corre el riesgo de convertirse en un arma de doble filo, y los efectos son igualmente globales sean para bien o para mal.

En cualquier caso, si se da una consecuencia de resultados dramáticos para la identidad del artista ésta se desprende de la desmaterialización resultante del espacio artístico. Si bien el objeto de arte tradicional se concebía destinado a un lugar y este quedaba sellado, revestido por su presencia de una sublimidad propia que transformaba objeto y ubicación en una suerte de repetidor simbólico referido a una realidad trascendente en cuyo magnetismo se disolvía tanto la figura del artista como la del espectador, pongamos por ejemplo el David de Miguel Ángel y el pueblo florentino, ahora la obra desaparece y con ella su sitio único. Lo que resta es un foro de diálogo en el que lo realmente trascendental, que no trascendente, resulta de la propia búsqueda por parte del artista de recuperar ese lugar privilegiado para sí mismo. Operación que de antemano se reconoce en la necesaria imposibilidad de llegar a su logro. Berlín exhibe más de seiscientas galerías y por ellas fluye una riada de jóvenes artistas. En las manos poco más que su divisa a la manera de las antiguas novelas de caballería. Esta consiste en un discurso efímero, no por vacío, sino por adaptado a una necesidad: la de la propia regeneración continua de un mundo en obras, el del mercado del arte, donde el trabajo de uno corre el riesgo de quedar quemado antes incluso de haber visto la luz. De modo que el objeto artístico no puede, por cuestión de mera supervivencia, implicar un compromiso férreo con este espacio cambiante, desarraigado. Es la evidencia coherente con un mundo espacializado no ya por una axonometría concreta, sino por la curvatura de dimensionalidad inaprensible que caracteriza la moderna realidad global.

Por mucho que se hable de la interdisciplinaridad y fusión de lenguajes tematizada en clave renacentista, existe una gran distancia marcada precisamente por esta relación disfuncional. De pretender el resultado de una obra perenne, en términos de consolidar una realidad y espacio simbólicos, el artista se arriesga a ser arrastrado al fondo del pozo del olvido por los grilletes de su creación. No es casualidad que cada vez con más frecuencia asistamos a exhibiciones de marcos vacíos, de objetos excrementales, de señales de tráfico que indican un supuesto lugar "artístico". En realidad la alusión es por omisión, ausencia de este espacio como referente del espacio real, de una dimensión vital manejable. El arte anticipa en cada época la meteorología dominante. Si la aguja del barómetro señalaba en los pequeños formatos holandeses del siglo XVII el lento apresurarse de una burguesía en desarrollo, demarcada por la atención al detalle de un reducido espacio urbano; los grises nubarrones de las manchas Velazqueñas auguran la borrasca que barrerá del mapa el decadente imperio de los Austrias. El vacío se llena actualmente con la nada, con el infinito, con el individuo como polo de identidades. A este respecto el arte, emancipado de un referente, subraya al ciudadano del mundo en su ciudad mundializada, al mundializado "*compresente*" (2), acotado.

(2)
(Ortega y Gasset, 2005).

Este es sólo uno de los muchos cambios, y no el más frívolo, en las relaciones humanas. Como anécdota para ilustrar este particular tal vez venga al caso un episodio que tuve ocasión de vivir una noche no hace mucho en un bar de Kreuzberg. Esperando a que me atendieran discutía con un amigo recientemente arrojado a la soltería sobre el aspecto de las nuevas formas de relacionarse entre las personas y en especial en el tema del cortejo y las relaciones de pareja. Mi amigo, que no parecía especialmente desolado ante su nueva condición, muy al contrario, extrajo su teléfono móvil del bolsillo y me mostró todo un arsenal de aplicaciones con el que esperaba superar la soledad. En especial me llamó la atención una que supuestamente cartografiaba el entorno cercano en el que nos hallábamos. Al principio aquello me pareció bastante curioso. En la pantalla se vislumbraba una imagen similar a la de uno de esos radares que aparecen en las películas de guerra, cuando el submarino del protagonista detecta los torpedos enemigos aproximándose amenazantes.

En el tema que nos ocupa los torpedos en cuestión correspondían a la ubicación de socios de la página que expresaban su disponibilidad para establecer relaciones. Que nadie piense que se trataba de un portal de contactos, ni mucho menos. Los miembros registrados eran individuos en similares circunstancias a las de mi compañero. Personas que quizás se sintieran solas, o que sencillamente no deseaban embarrancarse en los preámbulos sociales que constituyen el indispensable ritual de conocer a potenciales parejas. Tampoco faltaría quien sencillamente no deseara compromisos, si no simplemente un desahogo momentáneo sin mayores consecuencias. La aplicación se llama Tinder y está disponible en el mercado *online*. Basta con descargarla en el móvil y actualmente disfruta de miles de usuarios. Es una entre otras muchas de similares características. Quien se registra sube una fotografía y el resto de usuarios tiene dos opciones: votar "hot" (caliente) o "not" (no), lo que supone como es lógico una posible cita o correr ficha hasta el siguiente objetivo, respectivamente. Permite una suerte de llamada a ciegas, sin conocer a priori a la persona. Subterfugio que ofrece un rodeo al reto de tener que romper el hielo. Amén de presentar una opción menos expuesta al rechazo que el tradicional cortejo nocturno, donde el envite arrima más al riesgo.

Dejando de lado entrar en detalles sobre una anécdota por lo demás bastante superficial, lo cierto es que en las circunstancias mentadas se tiende un filtro que transforma la relación, sea personal o profesional. En ambos casos, como en todos los demás, el individuo-centro se disgrega en una malla de interacciones cada vez más amplias. El yo personal se evidencia en un vacío, introduce una paradoja respecto del espacio y el tiempo real en el que tradicionalmente se desarrollaban las relaciones entre las personas. Da igual que la chica o el chico en cuestión se hallen a escasos metros de distancia. La señal que les ha de unir, si es que realmente llega a unirles, viajará miles de kilómetros desde su teléfono móvil hasta el satélite correspondiente para volver a descender al objeto de ésta.

Pero demos a este respecto un salto cualitativo y pasemos a reflejar el impacto de este nuevo paradigma no ya en el plano lúdico del ocio, sino introduciéndonos en la piel de una joven profesional, Silvia Delgado del Saz (Madrid 1986). A una edad temprana el currículum de Silvia es notable, licenciada en Derecho y en Traducción e Interpretación por la Universidad Autónoma de Madrid, se doctoró en Derecho por la Universidad de Berlín, amén de haber realizado diversos másteres y acumular becas que le han permitido extender su formación en varios países diferentes. Al contrastar la distancia de perspectivas académicas ante las que se vio enfrentada al abandonar la facultad con respecto a la generación de su madre, catedrático de derecho mercantil, observa:

“La globalización y el proceso de integración europea han tenido un impacto enorme en el plan de estudios de Derecho. Hay asignaturas que se dedican a la Unión Europea y sus instituciones, pero es que además el contenido de todas las demás (derecho administrativo, civil, mercantil) está determinado en gran medida por la normativa europea. El resultado es la formación de ius commune europaeum, estructuras básicas comunes en los sistemas jurídicos de los estados miembros que facilitan el que un jurista pueda trabajar en otros países. A diferencia de un matemático, físico, biólogo, etc. las perspectivas laborales estaban más limitadas geográficamente. La internacionalización o europeización del derecho como subfenómeno de la globalización ha cambiado por completo las perspectivas laborales de un jurista.”

Al respecto de las ventajas o inconvenientes percibidas ante las nuevas tecnologías de la comunicación y las actuales formas de intercambio, la actualidad en la percepción de Silvia dibuja en el ámbito del Derecho un panorama evolutivo vertiginoso pero despersonalizado.

“No me imagino cómo debiera ser antes... desde la comunicación en general entre compañeros, con clientes, etc. hasta en el trabajo diario de un jurista: búsqueda de legislación, jurisprudencia... Todo se hace a través de internet hoy en día y bases de datos electrónicas, antes había que buscar boletines oficiales y todo estaba en papel. Se ahorra mucho tiempo, hay más información disponible y hay menos posibilidades de error. Negativo: que a través de la comunicación por email, chats, etc. se pierde el contacto directo”.

Cabe reseñar como ya habíamos avanzado que Silvia ha desarrollado sus estudios no solo en España y Alemania sino también en Francia, concretamente en Estrasburgo y en Inglaterra en la Universidad de Oxford. Es por tanto innegable la impronta que en su evolución académica ha dejado el reto planteado por el desarrollo global al estudiante Español.

“Las ciudades están abiertas a influencias externas. Interaccionan entre sí y de esa forma se crea una especie de identidad común que hace que éstas sean muy parecidas, independientemente del país en el que están. Un madrileño puede tener más en común con un berlinés que con un habitante de un pueblo de Ávila. La identidad y las tradiciones ya no están vinculadas a una única cultura.”

A propósito de la internacionalización de las relaciones académicas, Matthias Kirch (Friburgo 1983), profesor de Historia y Ciencias Políticas en un instituto de Stuttgart, observa especialmente el impacto de este factor en su ciudad natal que, según afirma, *“Como ciudad de estudiantes naturalmente la comunidad estudiantil se ha hecho más internacional. Por ejemplo hay cada vez más estudiantes chinos que realizan sus estudios en Friburgo. Berlín por otro lado se ha visto más dramáticamente afectado por la globalización, debido a que es la ciudad más internacional y de moda que hay en el mundo. Precisamente en la rama de las start-up, gente joven creativa acude en masa a la capital alemana para afincarse en el país”.*

Para Matthias ha sido decisivo el giro dado en sus programas de estudio propiciada por la implementación de la enseñanza de los idiomas, en especial el inglés, que no duda en afirmar le ha proporcionado la oportunidad de impartir clases en otros países gracias a los programas de relaciones de intercambio académicas. Pero sobre todo en la práctica diaria de su oficio considera que los nuevos medios de información y comunicación han supuesto una innovación revolucionaria. Tablets y “whiteboards” se convierten en un material irrenunciable para la enseñanza. Pero lo más importante es que *“influirán significativamente la comunicación entre profesor y alumno”.*

Ahora no se trata ya del tradicional diálogo unidireccional entre docente y educando. Aquel abismo que se abría en el discurso habitual de la clase formal. Un recitado de contenidos en los que el estudiante no se implicaba más allá de su reproducción automática en la fecha prescrita del examen. Se prima por un modelo más dinámico e interactivo donde el paradigma adecuado debiera perseguir un intercambio por medio del cual profesor y alumno construyan el contenido de la asignatura. La idea es la de una sinergia viva que mejore la calidad de los contenidos por medio de una actualización tanto del modelo de enseñanza como de las estrategias y capacidades del docente. Éste debe reciclarse en la misma medida en la que el alumno progresa. La exigencia es mayor para ambos pues supone un compromiso más férreo.

El alumno que llega en sus primeros días de clase al instituto se confronta por tanto con una serie de herramientas que ya no se presentan como baúles cerrados sino en calidad de circuitos abiertos. Estos le conectan con el mundo académico a escala global y mucho más directamente con sus profesores a nivel personal.

En ambos casos nos encontramos con sendas etapas, la académica y la profesional, que han experimentado una auténtica revolución en su gramática profunda. Tanto el alumno como el joven que comienza su vida laboral se contemplan en el espejo de un mundo que en la totalidad de sus contenidos se le ofrece al alcance de la mano. El horizonte sobre el que armarán sus decisiones es una línea inmensa de curvatura infinita.

Ese núcleo de constitución que es el ser puede salir o bien fortalecido y enriquecido, si es capaz de asumir y aprovechar esta revolución de posibilidades que propicia los nuevos entornos de mundialización, o verse extraviado en la indeterminación, que es la contrapartida necesaria a un mundo sin límites.

Qué factores le son exigidos a la juventud que se considere como tal para la adaptación a esta nueva realidad son los que vamos a analizar más adelante.

3. Modelo de Eficiencia

El culto sin reservas al trabajo, el vicio del Nuevo Mundo, comienza ya a barbarizar por contagio a la vieja Europa y a expandir una extraordinaria esterilidad del espíritu. Desde ahora se siente vergüenza del descanso, y la meditación reposada casi produce remordimientos. No se imagina uno de otro modo que no sea con las cotizaciones de la bolsa mientras desayuna; se vive como alguien que sin cesar podría estar ganando algo "hacer lo que sea siempre es mejor que estar sin hacer nada": este principio es la mejor soga para estrangular toda cultura y todo gusto superior (3).

Cuando llegué a Berlín en el año 2009 la ciudad se me apareció desde una fisonomía absolutamente diferente de la laberíntica estrechez, por lo demás rebosante de encanto arquitectónico, que caracteriza al centro de Madrid. La capital de Alemania es una ciudad que se despliega sobre un plano longitudinal amplio, surcada por grandes avenidas dotadas de una extensa red de carriles para bicicletas. Esto propicia que a pesar del clima el paisaje aparezca florecido de ciclistas dándole al pedal. De modo que lo primero que hice nada más instalar mi estudio fue comprarme una bicicleta para integrarme en el flujo rodante. Como medio de transporte es mucho más saludable, y esta no es una razón superficial sino un concepto que se articula en un razonamiento a nivel global de alcance mucho más amplio que trasciende fronteras y océanos.

(3)
(Nietzsche, 2002).

A este respecto resultan reveladoras las palabras de Néstor Valdez, Director General de Network Transportation Systems Studies S.A. de C.V. (NETSS), empresa orientada a la prestación de servicios de consultoría y asesoría en la solución de problemas en sistemas de transporte. Acumula una larga experiencia en el desarrollo de infraestructuras alternativas para la movilidad sustentable. Y no se trata de una experiencia baladí, pues la labor de Néstor se desarrolla, entre otras, en una de las ciudades con mayor densidad demográfica del planeta: México DF. En un análisis a vista de pájaro sobre la repercusión en el mapa de las interacciones sociales que ha supuesto el desarrollo de medios de movilidad alternativos, declara: *“Pensando que la tendencia es el favorecimiento de los medios de transporte no-motorizado, en la sociedad en general, incluyendo en los jóvenes, está haciendo eco y me parece que generando una percepción positiva. Asimismo, me parece que se está creando una especie de sinergia en que diversos grupos de actores se están involucrando y manteniendo un perfil participativo intenso ya que (tal vez debido al acceso a la información que existe hoy en día en gran parte debido a las redes sociales)... se están haciendo notar y escuchar...”* En no menor medida esta transformación de los medios de transporte impacta directamente sobre las relaciones sociales dentro de la ciudad pues *“la imagen urbana se está volviendo más “amigable” con las nuevas medidas impulsoras de movilidad sustentable y promueven una mejora de imagen urbana (“landscaping”).”*

Este último fragmento nos remite ineludiblemente a la encrucijada que se plantea entre realidad sustentable y desarrollo sostenido-sostenible. En la falla abierta entre estos conceptos es donde encontramos la contradicción básica entre lo individual real de la identidad propia y lo virtual global de la identidad que como proyección se exige en la moderna Sociedad Informacional (4), última instancia contemporánea de la aspiración a un desarrollo continuo.

De algún modo la evolución -para muchos, quiebra- del sistema de producción del capitalismo regulado que se impuso desde la posguerra mundial hasta entrar en una larga crisis sistémica que comenzó en los setenta y se extendió hasta finales de los noventa, ha venido a consolidar un cambio de paradigma que cristaliza en lo que se considera para muchos historiadores como el fin de los años dorados del estado de bienestar, sello del *“corto siglo XX”* (5), y comienzo de una nueva realidad social marcada por el auge de los postulados neoliberales. El efecto deletéreo que la distancia en el tiempo ha ejercido sobre la memoria histórica relaja el peso de conflictos irresueltos que quedan sepultados bajo una nueva estética de fomento del individualismo consumista, desvalorización de la propia responsabilidad en las decisiones políticas y ejercicio de un destino que se despliega como oportunidad abierta al disfrute lúdico de los bienes de la globalización.

Coincidiendo con este nuevo panorama, la evidencia de que la filosofía del *imperium sine fine* de la producción industrial estaba por llegar al linde de lo que el ecosistema de la tierra puede soportar, se traduce en un resurgir de las preocupaciones por la ecología, la salud y el medioambiente. No por casualidad en Berlín, una de las ciudades que se puede considerar renacida con el inicio de la recuperación europea de posguerra, se ha convertido en eje de esta preocupación.

En seguida se me hizo evidente que en esta tesitura eran las generaciones más jóvenes las que habían interpretado aquel rol con mayor entusiasmo. La vida saludable, basada en hábitos alimenticios “limpios”, el deporte y un contacto habitual con la naturaleza se transforma en una etiqueta manifiesta en especial para grupos pertenecientes al ámbito universitario o aquellas personas que abordan sus primeros años profesionales. Esto se produce dentro de un determinado arco social que abarca especialmente a la clase media-alta y alta. El porcentaje de comercios de comida

(4)
(Gaja i Díaz, 2010).

(5)
(Hobsbawm, 2003).

vegana, por poner un ejemplo, era muy superior en barrios considerados de burguesía acomodada que en los más pobres.

Este detalle no es un hecho aislado. Lo que al cabo de una somera observación se percibe es que estos hábitos de higiene, dietética, ejercicio y estética van ligados a un concepto de la eficiencia que incide especialmente en la generación joven. Pero no se trata de un factor unívoco, cada círculo tiene su propio patrón de eficiencia.

Estaríamos ante el desarrollo adaptado a la dinámica de los tiempos contemporáneos de aquello que Michel Foucault definió como “*Tecnologías del Yo*” cuyo *leitmotiv* fundante sería el “*epimelesthai sautou*” (6), el cuidado de sí. Este cuidado vendría determinado por el tipo de acciones, transformaciones, operaciones sobre el propio cuerpo realizadas por uno mismo o con ayuda de otros que permitirían al individuo alcanzar un determinado objetivo, ya fuera este la felicidad, sabiduría, etc.

Tomando un dato extraído de la realidad cotidiana, un estudiante recién llegado a Berlín se dispone a buscar piso. En las páginas que visita *online*, pues la búsqueda ya no es aquella que vivíamos de portal en portal hace dos décadas, el planteamiento no es el de una mera oferta de alquiler. Los pisos de estudiantes, no todos pero sí un amplio porcentaje, se publicitan en parámetros de declaración de principios. Se trata de un filtro donde se puede llegar a detallar desde las dimensiones de la habitación hasta la ideología política de los ocupantes, pasando por las lecturas habituales, los hábitos dietéticos, las inquietudes intelectuales y todo un extenso panorama de aspectos. De tal forma que cada postulante puede saber de antemano si encajará en el modelo de eficiencia que le plantean su próximos compañeros de piso. Cuando hablo de modelo de eficiencia busco transpolar un término del ámbito mercantil al social pues me parece que, además de estar cada vez más férreamente vinculados, la evolución de las relaciones personales se caracteriza hoy en mayor medida por la capacidad y las habilidades de cada uno para desarrollar un patrón de carácter que le facilite el intercambio social.

Los esquemas se pueden diseñar sin dificultad: si dibujamos el parámetro de quien va al gimnasio, trabaja en una consultora y conduce un coche de alta gama, podremos conjugarlo con *paddel*, gusto por los objetos de lujo, amplia ambición profesional y simpatía hacia un cierto modelo de economía neoliberal; si por el contrario estamos ante un estudiante de bellas artes, que combina preferiblemente transporte público con bicicleta, obedece a cánones de vestimenta que se pueden satisfacer en mercadillos de segunda mano y frecuente salas de cine donde se proyectan películas de arte y ensayo, podremos verificar seguramente una cierta preocupación por los temas ecológicos y sociales, un menor interés en el éxito económico, no así en el profesional, y una cierta mentalidad más orientada a la izquierda. Los modelos son infinitos y no se quiere aquí imponer la idea de que supongan corsés cerrados, prácticamente infranqueables. Si bien es cierto que se interpretan con mayor pureza en los años más jóvenes, también lo es que los individuos evolucionan de uno en otro y no es difícil con el paso del tiempo tropezarte con el antiguo compañero de facultad que se designaba a sí mismo como rebelde, alternativo y anti-sistema, transformado en un eficiente eslabón productivo en la cadena del moderno mercado del arte. Porque ese es uno de los aspectos fundamentales de la eficiencia: su dependencia de la espacialidad y la temporalidad. Tampoco se pretende representar una sociedad de circuitos cerrados, pues si bien se pueden observar preferencias territoriales dependiendo de los modelos no es menos cierto que la proliferación de ámbitos de intercambio, especialmente en el espacio lúdico, proporciona corredores intermedios en un mundo semejante a un laberinto donde finalmente todas las posiciones se hallan interconectadas desde la entrada a la salida.

(6)
(Foucault, 2012).

Este circuito no es otra cosa que el esqueleto inmenso y en gestación que propone el desafío de una identidad global. Pero sólo registra un perfil, o una cara de esa radiografía.

Ina Sabine Böttger nació en Friburgo en 1983. A los tres años se trasladó con su familia a España. Es licenciada en Filología Inglesa y en Bellas Artes por la UAM y la UCM respectivamente. Tras su reciente maternidad ha tenido que regresar a Alemania en busca de un mejor horizonte laboral. Su percepción del reflejo de una identidad globalizada en el contexto europeo se diferencia en cierto grado de la de Silvia o Matthias. *“Existe una cultura unificada a nivel global”* subraya. En especial gracias a las mejoras en las comunicaciones *“mediante tarifas planas de viajes, el uso de Internet, las redes sociales, el marketing y la compra online”*. Defiende que en esencia esto supone unión, pero la naturaleza de ésta obedece a que formamos parte de un sistema de consumo que revierte en *“una identidad cultural, puesto que consumir es un factor esencial para la felicidad y ésta es una idea que comparten muchas culturas”*, especialmente *“aquellas en las que el nivel económico es alto”*.

Aquí quizás tengamos el factor esencial al que responde la dinámica del modelo de eficiencia. No se trata de que para integrarse en el mercado laboral con éxito, o para acceder a determinados estratos sociales, los individuos elaboren estrategias propias que les permitan ser más eficientes. Ésa es sólo la superficie que hemos arañado hasta el momento. Quedarnos en la corteza supondría una reducción simplista. El lenguaje a través del que se produce la comunicación a todos los niveles, ya sea el del profesional, el del consumidor o el del flirteo ocasional, se encuentra de por sí mediado por la reflexividad del mercado. Se es un producto, en todas las dimensiones de la existencia, que consume otros productos sean estos objetos o personas. Esta dimensión se gesta de manera espontánea en la interacción de los individuos. A través de los juegos, de la educación, de los deportes y de las modas y por supuesto del consumo de masas. De modo que no se trata de que se ignore lo que se está haciendo al revestirse con el disfraz adecuado a una situación o expectativa. Por supuesto que se es consciente del hecho de estar adoptando determinadas decisiones que quizás no se lean tan cristalinamente en las verdaderas inclinaciones de uno. Aún con esto se actúa como si así fuera realmente, o se esperara que en algún momento llegase a ser.

Podríamos concluir que el modelo de eficiencia supone las consecuencias de la globalización sobre las Tecnologías del Yo. En consecuencia, este circuito de interacciones no deja de pretender un modelo funcional único. Aquel que se postula como argumento estanco, independiente y separado de los mecanismos a través de los que se establece el flujo de la economía, de la política y de los cambios sociales. Nada, por otro lado, más alejado de la realidad. Interpretemos un rol u otro la cuestión, en definitiva, es que se nos quiere imponer un lugar común: el del fin de las ideologías en cuyo seno todos terminamos por ser liberales de nuevo cuño o simples integrantes de una suerte de *pin-ball* del mercado con nuestro devenir vital prefigurado en mayor o menor medida. Pues el éxito del nuevo diseño para el mundo que viene depende en gran medida de consolidar un ecosistema en el que ya no nos tomemos tan en serio.

El modelo de eficiencia no responde a una situación social, familiar o de clase, no se ciñe a una coyuntura socioeconómica local o nacional, circunstancias que sin duda influyen pero sólo de forma subsidiaria. Ahora se trata de patrones de alcance transnacional, ligados a modas y preferencias ideológicas que se trasladan a velocidad vertiginosa por la red, superando en muchos casos las fronteras físicas y sociales. Aunque no está de más añadir que también la segregación de clase se ha rediseñado en el modelo global desterrando determinados niveles del llamado primer mundo hacia las regiones subdesarrolladas, donde estos modelos serían prácticamente inexistentes. Los bienes de la globalización

no se distribuyen con equidad global. Esta realidad a cuyo ocultamiento contribuimos alegremente viene acompañada de otra más inmediata el supuesto desarrollo de la individualidad. La antifona constante proclamada por el modelo de eficiencia y las innumerables plasmaciones de las que es susceptible viene a resumirse en que todos y cada uno de nosotros somos seres individuales con unas características propias, con un yo personal e intransferible a cuyo desarrollo debemos contribuir a través del consumo de nuestras propias potencialidades. La sobrecarga del tren propagandístico con términos alusivos a la diversificación, a lo diferente, al desarrollo y satisfacción de aquello que nos define como uno y distinto vienen a consolidar aquella percepción de que este modelo no es sino un simulacro invertido de lo que propone. Y como ya acuñara en su momento con clarividencia profética Baudrillard, todo simulacro no es sino una copia exacta de algo que nunca existió.

4. Ocultamiento y Proyecciones virtuales

En igual medida que el modelo de eficiencia supone una introducción de cierta dosis de virtualidad en la imagen personal, ésta, como proyección, se ve implementada en las plataformas de la red. Si bien antes mencionábamos este mismo aspecto en las relaciones informales, ahora cobra especial relevancia en una situación nueva y particular que afecta tanto a lo personal como a lo público, a la aspiración privada como a la ambición profesional. La curiosidad estriba en que nuevamente se produce una cierta forma de encubrimiento.

Ahora mismo el panorama al que se enfrenta cualquier hombre o mujer joven que se inicien en el mundo laboral se halla condicionado por la problemática de las relaciones. En el caso particular de la literatura o el arte, la dificultad radica especialmente en la ausencia de apoyos, afectada esta por el hecho de que con la disolución de los límites locales, el mundo del intercambio literario artístico se gesta en un panorama mundializado donde la oferta, debido a la crisis del mercado, escasea.

Ante esto resulta esencial proyectarse como alguien “conocido”, cosa por lo demás difícil cuando se cuenta con poco más de veinte años, por la sencilla razón de que no nos ha dado tiempo en nuestra trayectoria vital para construir relaciones que puedan servir de referencia y aval. De modo que éstas se fabrican. Claro que un mundo caracterizado por esta sintomática urgencia de una aceleración progresiva se fagotizaría a sí mismo de no existir los adecuados aceleradores para dichas relaciones. Aquí es donde entra a jugar una parte esencial el concepto de ocultamiento o encubrimiento. *“Se trata ante todo de no desvelar que lo que se pretende es la autopromoción. Es necesario sembrar aspectos que le propongan a uno como elemento atractivo, facilitar un trato amistoso y una interacción que llegue a ser constante con elementos de interés; esperando a que la eventual oportunidad, ya sea laboral o en términos de una entrevista, una colaboración o una participación más amplia en la interacción, se materialice. En cualquier caso la presentación directa de uno con vistas a la comercialización de su trabajo o de su producto se podría considerar como un error garrafal... porque sencillamente las cosas ya no funcionan así”* concluye Miguel González Lamelas, gestor comercial destacado en la India con amplia experiencia en mecánica de promoción en la red.

Lo que viene a ilustrar es sencillamente que foros como Twitter, Facebook, Pinterest, etc se transforman en nudos de conexión automática que imprimen velocidad para él o la joven interesados en trasladar una suerte de currículum nebuloso que se va materializando en el diálogo con objetivos estratégicos que puedan servir al efecto de compañeros de viaje y de enlaces profesionales. Pero esto habrá de hacerse no por la vía de una carta abierta, sino participando en conversaciones, intercambios

de documentos, noticias, cuadros que nos hayan impresionado, reflexiones de otros escritores que nos parezcan interesantes. Se forma así un conglomerado pictórico que llega casi instantáneamente a miles de posibles interlocutores de todo el mundo. Se abarata tiempo, se acorta el espacio en una dimensión mientras que paradójicamente en otra se amplían ambas coordenadas. Ahora la estructura curricular ya no se reduce a una narración cronológica en epígrafes que describen las ocupaciones y los cargos profesionales que han jalonado los últimos y breves años del aspirante. Muy al contrario, se elude la narración directa de la experiencia profesional y en su lugar se ilustra un relato vital, salpimentado con los gustos y preferencias del protagonista, testimonios de viajes recientes, inquietudes intelectuales, deportivas, políticas, sociales y un largo etcétera.

Se trata de fabricar el propio escaparate en el ámbito de un centro comercial de dimensiones infinitas, pero sin que se note. Se da un amplio rodeo cuyo arco es más amplio cuanto más se acortan las distancias entre agente y receptor. El aspecto que reviste en este caso un peso específico es que, a imagen y semejanza del modelo mediático impuesto, se produce una proyección espectral en la que el interesado llega a alcanzar el objetivo de su intención a través de un ocultamiento de la misma. Llega a ser pretendiendo dejar de ser.

5. Ocio: Anulación de la Identidad por saturación de lo virtual

El ocio es uno de los lugares más trascendentes dentro del espacio global y la *sociedad informacional* gravita ostensiblemente en torno a él. Ya avanzábamos al hablar del modelo de eficiencia del surgimiento de un nuevo modelo social como contrapeso a lo que fuera la gran sociedad del capitalismo regulado, donde se pensaba llegaría a cumplimiento la utopía del trabajo por medio del pleno empleo y la integración de la clase trabajadora en la ciudadanía a través del acceso al consumo de masas. Éste, hacia el que nos dirigimos, propone una alternativa al pacto sociedad-trabajador-estado que consiste, entre otras cosas, en una invitación a disfrutar del goce lúdico y efímero de los bienes de la globalización. De esta manera se elude la urgencia tanto de los problemas en el acceso al mundo laboral al que se enfrenta la juventud, como la evidente precarización de éste en aras de una “cultura de la satisfacción” que basa su éxito en la postergación de lo real (7). El ocio, desde este punto de vista, juega un papel fundamental, y en particular el ocio virtual.

Si reparamos en los niveles de facturación de las industrias del entretenimiento en primer lugar -en gran medida debido a su proyección pública- nos llama la atención las astronómicas sumas que se destinan a los sueldos de actores y a los presupuestos de las películas de Hollywood. No en vano la industria del cine es un sector denominado estratégico en la economía de la primera potencia mundial. Supone una antena de irradiación, exportadora de valores y de visiones del mundo prefabricadas.

Sin embargo, las cifras del mercado cinematográfico palidecen cuando se las pone en contraste con las astronómicas facturaciones que exhiben los balances de la industria del videojuego. En el año 2013 las ventas mundiales del videojuego *Call of Duty: Ghosts*, según sus fabricantes, superaron en su primer día los mil millones de dólares. Otros productos como *Grand Theft Auto V* rondarían los ochocientos millones en el mismo plazo (8). Poniendo en el otro riel de la balanza la película más taquillera de la industria del cine, *Avatar*, de James Cameron, solo llegaría a estas cifras tras varias semanas en cartel. Y este abismo se ensancha aún más si

(7)
(Galbraith, 2011).

(8)
(Vanguardia, 2013).

lo ponemos en relación a la facturación anual para el período 2014 de la industria azulejera española en su conjunto, que apenas rozó los 2900 millones de euros. Si de lo que hablamos ahora son de los espacios de mundialización tales como las ciudades globales, por los que se ha de caracterizar el mundo que parece anunciar la nueva sociedad informacional, deberíamos detenernos en este punto. ¿Es el espacio mundializado un espacio “real”? Acaso pensemos en los grandes fenómenos institucionales y culturales, tales como las ferias artísticas de carácter internacional, las acciones sociales de espíritu solidario que recorren el mundo, los eventos que fomentan el intercambio entre culturas como los festivales folclóricos, los foros de debate jurídico a nivel transnacional, etcétera.

Pero en última instancia estos espacios, si se comparan con los que proporcionan las diversiones virtuales, son de ámbito minoritario. El punto de interés radica en que en este último caso el nicho mundializado puede alcanzar las menguantes dimensiones de una ratonera. Un reducido cubículo desde el cual miles de seres interactúan entre sí sumidos en absoluta soledad. Una forma de individualismo, de aislamiento, de ostracismo voluntario que se practica en el seno del intercambio de dimensiones más formidables que se ha dado jamás entre las personas. Seres humanos entre los que no se establece relación real, física alguna. A pesar de que en calidad de elfo de las montañas nubladas uno haya corrido innumerables aventuras en compañía de sus camaradas a lo largo de un ancho y vasto mundo imaginario, jamás conocerá el rostro real de ninguno de ellos tras su respectivo avatar.

Ni siquiera será necesario trasponer las puertas de casa para vivir una vida que no es la nuestra, para disfrutar de amistades que no son tales o de relaciones inexistentes mientras el pequeño cubículo se hunde como un agujero de gusano en las entrañas de la soledad urbana de las modernas megalópolis.

La plaza pública como símbolo del intercambio directo queda pues relegada a un segundo plano. El vínculo juventud-trabajo-socialización queda roto y con él desaparece la esperanza de una cierta repercusión de las decisiones vitales personales en el panorama político o social. Se converge en un “me da lo mismo que lo mismo me da” mientras las energías propias se diluyen por diversos sumideros que suelen desembocar en un desagüe nihilista común. No es casualidad que muchos artistas, músicos, pintores, escultores o escritores hayan renunciado definitivamente a lo que se consideraban cauces tradicionales para la edición literaria o musical o al mercado oficial de galerías a favor de plataformas virtuales en la red.

Sin embargo la desaparición del espacio público, físico, de intercambio directo en el que se estrechan los lazos afectivos entre las personas es un proceso necesario en el diseño del nuevo modelo que se manifiesta en el urbanismo moderno.

6. La usurpación del foro

“Existe una repetitiva coincidencia en la literatura urbanística en considerar la actual situación como de difícilmente inteligible, incluso de incomprendible. Muchos tratados coinciden en trazar un escenario lleno de incertidumbre, donde, se nos dice, nuestras antiguas certezas –la fe en el progreso, en la razón, en el optimismo en un futuro que vería nacer un nuevo ser humano, una nueva sociedad– nos ha abandonado. Esta constatación impregnada de fatalismo en muchos casos conduce a la formulación de la alternativa del sálvese –quien– pueda, de un nuevo darwinismo social predicado (impuesto- machacado) por la dominante

ideología neoliberal. Coincidentemente se incuba y extiende la afirmación de la incertidumbre no como duda sistemática que evite el dogmatismo sino quizás con el inconfesable objeto de fomentar la pasiva aceptación del actual estado de cosas (9).”

Y esto afecta en especial a las generaciones jóvenes, tradicionalmente a aquellas que parecían exhibir cédula de propiedad en las plazas públicas, los patios o los parques de las ciudades. La fuerza que emana de las asociaciones que los jóvenes han implementado a lo largo de la historia adquiere proporciones temibles y ese es un recuerdo que se mantiene fresco en un modelo social, el occidental, que aún guarda reciente el recuerdo de mayo del 68. Mas no tomemos esta fecha como referente exclusivo, si Daniel Cohn Bendit tenía veintidós años cuando ocupó la Sorbona junto con un batallón de estudiantes, la cabeza de Louis de Sant Just rodó del cadalso con tan solo veintiséis un par de siglos antes. Por el mismo camino de la guillotina, la inimitable Olimpia de Couges con tan solo veinticinco años comenzó su revolucionaria actividad literaria en defensa del reconocimiento de los derechos de la mujer y denunciando la esclavitud. Kamenev sería arrestado por su activismo político a la temprana edad de diecinueve y Bujarin con diecisiete ya participaba en la revolución de 1905. Los sistemas de dominación adolecen de una marcada alergia a las sinergias que generan las pulsiones de la juventud.

Favorecer por tanto una realidad urbana donde el foro de intercambio no sea ya un espacio real propicia que las relaciones establecidas tampoco lo sean. De esa manera cuando más creemos estar en compañía de los otros, en realidad más solos nos hayamos. Sin embargo en los últimos tiempos se han vivido conatos de reconquista del espacio público real como plataforma de expresión e intercambio. Tal vez el ejemplo más relevante lo hallemos en la ocupación espontánea de la Puerta del Sol de Madrid, el 15 de mayo de 2011 que gozó de una amplia participación de jóvenes y que se contagió inmediatamente al resto del país e incluso fuera de él. A este respecto Néstor Valdez ve una marcada inclinación a la recuperación de los espacios públicos por parte de las nuevas generaciones. *“En México, los jóvenes aceptan con beneplácito las nuevas medidas, en especial aquellas orientadas a la movilidad no motorizada combinadas con el rescate de espacios públicos [...] los jóvenes grupos activistas en pro de la movilidad sustentable comúnmente hacen referencia a los casos de éxito europeos como Ámsterdam y Copenhague a nivel ciudad y España a nivel país por el número de proyectos de este tipo en diversas ciudades.”*

Estaríamos aquí frente a una lucha contracorriente. De hecho Valdez continúa describiendo como en Ciudad de México se ha desarrollado por parte de las instituciones una iniciativa para el rescate de lo que antaño se designaban con la reveladora expresión de “nidos de ratas”, esto es los espacios bajo los puentes, *“...ahora están bien iluminados y acondicionados de tal forma que se han construido gimnasios públicos, áreas de juegos infantiles e incluso negocios de comida como franquicias y otros restaurantes económicos.”*

Es temprano para aventurarse a extraer una conclusión de estas iniciativas. Revelador es que por lo general no resulta extraño encontrar que la juventud, cuando se moviliza, por alguna razón suele preferir los espacios que suponen un nudo real, un foro físico verdadero con un trasfondo biográfico, así sucedió durante el 15 de mayo.

En muchas ocasiones las instalaciones prediseñadas como simulacros de espacio público y habilitadas en función de las supuestas necesidades deportivas o lúdicas de los jóvenes suelen aparecer a guisa de páramos desolados en contraste con otras zonas de la ciudad. Estas se caracterizan por una inmunidad refractaria a que los jóvenes sean desterrados de sus calles por mucho que las autoridades y los vecinos

(9)
(Gaja i Díaz, 2010).

deseasen que así fuera. En Madrid es proverbial el caso del barrio de Malasaña o el distrito de la Latina, las regiones más viejas y más jóvenes de la urbe.

En Berlín es donde quizás más se evidencia, tal vez como contestación a la experiencia histórica de un sistema basado en la instrumentalización del espacio público, la liberalidad en la cesión de grandes extensiones a la ciudadanía donde los efectos de la estructura institucional son menos tangibles. Cualquiera que haya paseado una mañana de verano por el Mauerpark, el “parque del muro”, habrá sido testigo de la hilera de barbacoas portátiles y la alegre aglomeración de grupos de jóvenes alemanes y extranjeros dispuestos a disfrutar de un divertido pícnic.

El parque no solo sirve como lugar de esparcimiento donde organizar una comida informal entre amigos, también se celebra un mercadillo los domingos donde es posible comprar desde bicicletas de segunda mano hasta libros artesanales encuadernados en piel, así como degustar un variado surtido gastronómico en puestos de comida alternativa. El panorama se completa con una profusa agenda cultural sembrada de conciertos destinados a un público juvenil. Salvo por las instalaciones deportivas subvencionadas por el estado, el resto del espacio se reduce a una explanada verde, bastante silvestre. No es necesario más, el parque se eleva en la tierra de nadie que delimitaba la escisión del telón de acero entre oriente y occidente. Su desplome y la liberación de dicho espacio sirve como hiato vacío, proyección espectral donde se escenifica el triunfo del sistema capitalista sobre el socialismo real de los países del este y la posterior consolidación del sistema neoliberal. Ninguna escultura de Marx podría competir con eso.

Un poco más hacia el este, en el corazón de Budapest, el barrio judío es caldera de ebullición de juventud, sin importar el vetusto decorado que conforman las centenarias fachadas ennegrecidas por el hollín de los incendios provocados durante la segunda guerra mundial. En cambio los parques inaugurados a lo largo de la ribera del Danubio por el gobierno de Victor Orban estos últimos años apenas suponen una virtualidad decorativa y su función sirve nuevamente de soporte al soterrado velo del ocultamiento. Sin embargo aquí se ha producido de manera torpe y en consecuencia ha sido fuertemente contestado. Por poner un ejemplo, la polémica Plaza de la Libertad situada no lejos del parlamento, edificio emblemático y centro neurálgico de la ciudad, escenifica una torpe estrategia de revisionismo histórico en la que se niega a través de sendos monumentos la real vinculación del gobierno húngaro con el régimen nazi durante la Segunda Guerra Mundial. La hemos calificado de torpe porque la propuesta es directa y evidente. Por un lado un monumento en piedra y bronce alude a la ocupación alemana que habría usurpando el gobierno legítimo de Hungría, sometiéndola al yugo nazi. Traducción del desplome del régimen del mariscal Horthy siendo suplantado por la cruz flechada, organización similar a las SS, obviando que ambos gobiernos fueron aliados de Hitler y ocultando su más que probada implicación en los crímenes del nazismo. A pocos metros un busto del mariscal en bronce, dignificando su efigie e invisibilizando sus responsabilidades políticas. El conjunto se complementa con una estatua del asesinado presidente Imre Nagy a raíz de la represión soviética de Budapest en 1956.

La lectura pretende una redención histórica en clave de víctima sin culpa. El error, por supuesto, y volvemos a ello, supone menospreciar el potencial de respuesta de las generaciones más jóvenes. Justo enfrente del complejo escultórico oficial que pretende encubrir la responsabilidad húngara en el holocausto ha brotado una suerte de contra monumento espontáneo, construido con cuerdas, tiras de papel, sábanas con leyendas y fotos de víctimas. Lo que más sorprende es que los artífices de éste, lejos de ser ancianos supervivientes suelen ser en su inmensa mayoría grupos de jóvenes. Digo suelen porque el monumento se reproduce

constantemente como un ente vivo, una metáfora de la verdad ligada a la fuerza vital que inspira su búsqueda de justicia.

Tenemos aquí un ejemplo singular de cómo la usurpación del espacio público desde la esfera gubernamental ha generado precisamente el efecto contrario al buscado. El foro siempre ha sido y será el lugar donde los jóvenes interactuaran con la actualidad de su tiempo, de la que ellos son dueños. Es posible que los nuevos espacios informacionales sirvan al objeto de generar un ámbito de relaciones suplantadas por la virtualidad, en cuyo sustrato no florezcan más que vanas ficciones de socialización entre seres que se hayan más aislados que nunca. Ese es un riesgo que no se puede desdeñar, pero también es cierto que las opciones desplegadas por las nuevas tecnologías abren simultáneamente espacios a formas de solidaridad genuinas jamás imaginadas hasta ahora. La clave de bóveda llamada a regir los efectos perniciosos o positivos con que se desarrolle este proceso tendrá que ver mucho con la capacidad de los intérpretes para traducir los flujos de información en acciones reales. Por fantasmagórica que sea la lectura, el receptor siempre puede transformarla en situaciones de repercusión real a través del ejercicio de su voluntad crítica.

7. Muro de proyección

Siguiendo con la esencia de lo dicho anteriormente podríamos interpretar en una forma fenoménica la mecánica por medio de la cual cada individuo constituye su propio Yo. Este proceso, cuyos contenidos se completan en un alto grado durante los años iniciales de la juventud, se estructura, como decíamos, por medio de un diálogo entre el individuo, proyectador y receptor, y la imagen del mundo como pantalla de proyección y respuesta. El progreso que se alcance y la duración de éste dependerán pues, en gran medida, de la pantalla contra la que se define. Me explicaré con más claridad.

He viajado a la India en dos ocasiones permaneciendo durante estancias razonablemente prolongadas. La última de ellas para visitar a un amigo que vive y trabaja en la ciudad de Rajkot, en el estado de Gujarat. Mi amigo es de nacionalidad española, está casado con Daria, licenciada en filología inglesa de treinta años de edad y de origen polaco y tienen dos hijos nacidos en Polonia: Cástor y Natan de once y seis años respectivamente. Ambos recibieron su primera enseñanza en su país natal, su lengua materna fue por tanto el polaco. A los pocos años la familia se traslada a España, concretamente a Benicassim en la comunidad Valenciana. Allí continúan su educación teniendo que asumir el aprendizaje del castellano además del valenciano, lengua cooficial. Transcurren tres años y finalmente, debido a un cambio de destino profesional, terminan por aterrizar en Rajkot, en el corazón de la India durante el verano de 2013. Nuevamente el tablero de juegos ha cambiado radicalmente en el proceso vital de ambos niños. La lengua se fragmenta en multitud de dialectos de los que atrapan palabras sueltas a lo largo del intercambio lúdico con los compañeros de clase.

Con ellos comparten aula en una institución educativa internacional en la que la lengua vehicular es ahora el inglés. Dadas las características del centro sus compañeros integran un friso plurinacional que tampoco resulta muy diverso en variedad del que hallaran en su antiguo colegio castellonense, donde la elevada tasa de inmigración propiciaba un registro similar. A la corta edad de once y seis años ambos ya hablan polaco a la perfección, castellano e inglés a un nivel razonablemente aceptable, algo de valenciano y comienzan a chapurrar canciones escolares en Gujarati. Pero ahí no termina el efecto transnacional de su peripeca vital. Esta es tan solo la parte externa, el requisito básico de los lenguajes formales. Pero en una trama más profunda los rituales de

socialización generan sus propios códigos. Sus argots particulares. Estos se relacionan más allá de las diferencias nacionales, que también, por tramos diferentes los cuales pueden responder a circunstancias profesionales, generacionales, ideológicas, etc. La infancia por supuesto posee los suyos propios. Durante los primeros días de escolarización el mayor, Cástor, experimentó un pequeño conflicto de adaptación a raíz de un hecho que juzgaríamos desde nuestra perspectiva como banal. Durante el transcurso de un partido de fútbol en el recreo, ante una acción que consideró injusta -y de niño en dichas circunstancias todas las de nuestros contrincantes tienden a parecernoslo- se llevó la mano al brazo opuesto e interpretó en código morse universal su desacuerdo. Lo que en España se considera un gesto bastante baladí, un “váyase usted a freír puñetas” sin más, a punto estuvo de provocar un terremoto escolar. En la India este gesto es sumamente censurado. A consecuencia de ello resulta tremendamente popular entre los niños. Sin embargo, sabiendo que se arriesgan a recibir una buena reprimenda al realizarlo, lo camuflan girando la mano hacia fuera con los dedos en forma de pico, simulando la figura de una cobra en el acto de morder. El disfraz les permite expresar exactamente lo mismo, eludiendo la versión oficial que repercutiría en un castigo como el que le cayó a Castor, quien desde ese día se ha adaptado a la nueva variante hindú del corte de mangas con mayor soltura que antes, incluso.

El corte de mangas, símbolo internacional naturalizado en nuestro país como medio de interacción entre los ámbitos más dispares, desde la gracia política hasta la reivindicación futbolera, se muestra aquí como elemento distintivo de la internacionalización del taco. El insulto, instrumento de la comunicación que cobra prioridad en el aprendizaje no formal, es decir, el de la calle, es una de las estrategias con las que el subconsciente expresa en igual medida aceptación o rechazo. Y lo hace a través del lenguaje, un lenguaje que es previo a su normalización lingüística y que solo con el transcurso del tiempo pasa a formar parte de los diccionarios. Esto podría indicarnos cuales son los dardos que perfilan nuestra silueta en la diana del muro de proyección. El lenguaje. Pero el lenguaje desarrollado de forma vital, no exclusivamente verbal, condicionado a las circunstancias que nos ha tocado vivir, el lenguaje de nuestra circunstancia, que diría Ortega.

Sin embargo el marco de esa circunstancia que capitaliza el modelo global en clave de muro de proyección puede venir de muy atrás. Por descontado el peaje a satisfacer, por antiguo que se suponga su origen, será el de una adecuada traducción al alfabeto contemporáneo. Ese es un aspecto que percibe con singular precisión Ina Böttger, mitad alemana mitad española, ante las peculiaridades que registra en ambos modelos. En cuanto a la moral alemana reconoce que se afirma mucho sobre el valor del esfuerzo y el trabajo, dirigidas hacia unos “*intereses a primera vista individuales pero que se interpretan en una inversión de capital social enorme*”. Mientras en España la base de las retenciones se ciñe a los treinta y cinco años trabajados, en Alemania se eleva a los cuarenta y cinco. Esto repercute en una amplitud de programas sociales mucho más extensa que la española, aunque nominalmente se oferten idénticas prestaciones. En particular destaca por su singularidad la ayuda conocida como Hartz IV. Una prestación social que se otorga a todas aquellas personas en edad de trabajar pero que no consiguen empleo. Consiste en un subsidio directo de 390€ junto con el cual el estado facilita una vivienda social. Dentro del Hartz IV queda incluida la sanidad como servicio gratuito. La paradoja es que en el caso alemán suscribirse a esta ayuda conlleva tal descrédito social, al ser considerado quien así lo haga poco más que un parásito, que muchos jóvenes alemanes recién salidos de la universidad y sin perspectivas de trabajo rechazan, empero, solicitarla. Y, sin embargo, quien esto suscribe puede acreditar haber conocido a más de un joven artista español que vivía sin mayor cargo de conciencia de dicha prestación en la ciudad de Berlín.

Sin embargo, este paquete de ayudas que a primera vista pudiera parecer una expresión de solidaridad no lo es de forma tan genuina. Prosigue Böttger analizando un vínculo que a muchos filósofos pudiera parecerles escandaloso al defender que existe un lazo importante entre moral y economía en el caso alemán. En resumidas cuentas este “*sistema social se basa en un compromiso absolutamente económico*”, en referencia a la célebre obra de Weber *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, continúa “*ya desde el punto de vista de la religión se valora a aquel individuo que es fiel mediante el ahorro, el trabajo y el sacrificio. Este habrá de ser salvado por el todopoderoso, por tanto esta idea circundante que conduce a un bienestar individual repercute a la larga en un bienestar colectivo y comunitario. De alguna manera el que no se sacrifica por trabajar debe de sentirse culpable ya que no ha obrado correctamente*”.

Es decir, que en resumidas cuentas el lenguaje que funda el muro de proyección donde debe repercutir el modelo de eficiencia que cada uno desarrolle podrá ser creado ad hoc por reflejo de la circunstancia actual, pero el marco en el que se fragua, en este caso particular, viene condicionado desde bastante más atrás. Sin embargo, como describíamos, es incapaz de funcionar sin una traducción previa al lenguaje moderno del mercado. La presión por ser una persona útil en la mentalidad alemana resulta tan fuerte que muchos pensionistas siguen trabajando tras su jubilación, pues quien no suponga un activo útil para la comunidad se lee como algo parasitario en la percepción del colectivo. Frente al “trabajar para vivir” más característico del espíritu español, como señala Ina, se contraponen el “vivir para trabajar” germánico. Se apresura a subrayar que no es debido a que haya una diferencia de intensidades en el rendimiento de los trabajadores de uno y otro país, sino porque en el caso alemán se establece una ligazón existencial con el trabajo.

Nosotros aún diremos más. Esta relación quizás devenga de una transformación, no de un vínculo moral-trabajo que ya existía, sino más bien de los conceptos de trabajo y de moral, entre los cuales ese vínculo viene a expresar un vacío que se rellena con un nuevo significante. Estaríamos hablando del “*homo laborans*” (10) arendtiano.

El trabajo al igual que la economía global -tal vez el modelo alemán, americano y en general el anglosajón sea el que mejor lo ha interpretado- ya no está vinculado al valor real y objetivo que se deriva de la producción de las cosas. Esa circunstancia la podemos vivir a diario cuando entramos en una tienda de una marca determinada o compramos un mueble en un gran almacén de diseño. La financiación de la economía como cara más agresiva de la globalización junto con la deslocalización de las empresas y la desregularización de los mercados supone que éste dardo se dirija en dos direcciones. El producto ya no cuesta el esfuerzo real que supone, ni el trabajador obtiene el rédito objetivo de su esfuerzo. Esto también es viejo, ya lo anunciaba Marx cuando aludía al fetichismo en el universo de las mercancías que se desarrollaba en el capitalismo industrial.

Lo que sí forma parte de un proyecto nuevo es la invisibilización de los conceptos producto y trabajo, se refieran estos a instancias reales o virtuales. Para ser más claros haré una somera comparación. Siempre hemos asociado la crítica marxista al primer capitalismo con las imágenes de la industria inglesa decimonónica transmitidas a través de películas y documentales. En este contexto el horario medio del obrero de una fábrica podía superar las doce horas diarias, respaldado por una precariedad laboral constante. Como se traduce del concepto mismo de lucha de clases, esta realidad gozaba de carta de adscripción a un proletariado definido por la escasez económica, una sanidad prácticamente inexistente y un escaso acceso a la educación. Por el contrario, el acceso a esta última garantizaba a la burguesía la posibilidad

(10)
(Arendt, 2005).

de escalar puestos en el entramado social y aspirar a posiciones ventajosas en el panorama económico. Coherente con este sistema, de la plusvalía que se generaba por la falta de correspondencia entre el esfuerzo del obrero y el precio de venta del producto en el mercado, quien se beneficiaba era la alta burguesía industrial. Esto devenía de la tergiversación de las relaciones entre las fuerzas de trabajo y los medios de producción. El trabajo y el producto estaban ahí pero mal repartidos en cuanto a distribución de esfuerzos, beneficios y de horas de trabajo.

En cambio, en la actualidad la misma dinámica globalizadora ha terminado con la adscripción de clase -lo que no significa de la desigualdad- engullendo por esa reflexividad de las relaciones de mercado de la que antes hablábamos todos los factores en un mismo cajón de sastre. De modo que ya no es raro, si no por contra de lo más habitual, encontrarnos con un joven proveniente de lo que antes hubiese sido considerado un entorno burgués elevado trabajando más horas que un minero de Durham cien años antes. No importará que esté altamente cualificado. Veámoslo acceder a un puesto de escasa responsabilidad en una multinacional, su salario no superará en mucho la media, sus seguridades dependerán de los resultados conseguidos para ésta. Y sin embargo estos resultados entendidos como beneficios no repercutirán sustancialmente en su calidad de vida. Paradójicamente, él mismo defenderá su realidad de trabajo. Se acepta “ser explotado” un tiempo, pues aunque queme, a la postre se percibirá una mejor valoración en futuras entrevistas de trabajo, en un futuro difuso. Tenemos a nuestro minero el siglo XX cuyas condiciones laborales no habrán de ser muy diferentes de cualquier coetáneo menos cualificado que trabaje en un bar de carretera o en una tienda de venta al público. Y esto tampoco tiene que ver con la circunstancia académica adquirida puesto que la joven que nos sirve la hamburguesa en el McDonald’s puede bien ser una ingeniera de telecomunicaciones o arquitecta. En resumen, cuando todo se transforma en mercado, una suerte de reflexividad funciona diluyendo la relación trabajo y producto, fundiéndolos en ese vínculo vacío que dejaba espacio a la exterioridad, a lo humano y llegando finalmente a suplantarlo. Nuestro joven minero del siglo XXI, como decíamos, antes se convierte en un producto más dentro de un universo de productos que consumen y son consumidos. La plusvalía a arrebatarse: su juventud.

8. Una sociedad global a distintas velocidades

“Es cierto que en la historia de la humanidad el desarrollo nunca ha sido totalmente sincrónico, pero lo que diferencia la situación global de las anteriores es que, pese a vivir en un mundo <<globalizado>>, la brecha entre el centro y la periferia planetarios, entre el “Norte” y el “Sur”, es cada vez mayor. En resumen: un mundo mundializado en clave neoliberal, es decir “globalizado”, dualizado, unificado, sincronizado, pero a dos velocidades, desdoblado (11).”

Sería interesante poder detenerse a analizar la variedad en cuanto a modelos y muros que se materializan en los diferentes círculos humanos a lo largo y ancho del mundo, pero semejante propuesta excede con mucho el espacio de este artículo y las capacidades de quien lo suscribe. Sin embargo es necesario precisar que el fundamento esencial de este modelo se basa en la necesidad, no en una espontánea elección tomada al azar entre otras muchas. Esta necesidad, que gestiona el flujo de las relaciones sociales y profesionales, diseña con cierta veleidad los avatares sobre los que se articula el criterio de selección al que se enfrenta cualquier persona en las etapas cruciales de su juventud. El peso de esta influencia determinará la velocidad del vehículo que le sea proporcionado en el concesionario de las interacciones vitales a cada candidato.

(11)
(Gaja i Díaz, 2010).

Si suscribimos la teoría de que las transformaciones en los métodos de producción tienen consecuencias inmediatas para las estructuras sociales, ideológicas y políticas de los estados, estaremos de acuerdo con que la revolución de estos ha transformado de manera decisiva la conducta de los individuos y su percepción del mundo. La vertiginosa aceleración que ha conllevado el desarrollo del capitalismo y la sociedad de mercado con sus sistemas de producción en masa, todo ello unido a la revolución tecnológica en las comunicaciones, ha impuesto a las personas que quieran subirse al tren social con éxito la necesidad de ser capaces de correr lo suficientemente rápido como para alcanzarlo. Este es un modelo que por razones de física básica comienza a hacer aguas. Imaginar algo que pueda moverse a una aceleración creciente de manera permanente por toda la eternidad supone sencillamente penetrar en el ámbito de la ciencia ficción. En contradicción con esta evidencia esencial de la naturaleza, la urgencia por un currículum abultado que acumule titulaciones cuantas más mejor, idiomas, experiencia, méritos y capacidades en proporción inversa a una edad que se exige incoherentemente temprana cristaliza en una visión deformada de aquello que Milton Friedman denominara "carrera de talentos".

"Tal como la libertad personal, la igualdad de oportunidades no debe interpretarse literalmente. Su significado verdadero se expresa mejor, tal vez, acudiendo a una expresión que viene de la Revolución Francesa: Une carrière ouverte aux les talents (una carrera abierta a los talentos). Ningún obstáculo arbitrario debe impedir que las personas alcancen aquellas posiciones que sus talentos les permiten y hacia las que sus valores les dirigen (12)".

De alguna manera se tiende a compendiar a la juventud en el contexto de una larga cadena de producción en serie a velocidad estándar pautada por la exigencia del mercado que es, en última instancia, el que decide quién se cae de la cinta y quién permanece.

Llegados a un determinado nivel, las aptitudes técnicas del currículum profesional, que tan importantes habían sido para abrir la puerta del templo, terminan por retroceder a un plano secundario en favor de otras habilidades sociales y relacionales menos tangibles que tienen más que ver con la correcta interpretación del modelo de eficiencia y la determinación del punto de impacto en la región del muro de proyección contra el que se dirigen. Aún así y con todo esto dibuja un panorama social en el que se manifiestan diferentes velocidades, estas velocidades se relacionan con la juventud real o aparente. Quien sea capaz de interpretar un estilo de vida acorde a la juventud perenne exigida por la competición social y correr al ritmo de los demás permanece en la carrera. Porque si algo define el panorama actual es que la juventud ya no está circunscrita a un tramo cronológico de la vida de las personas.

Esta estética de la juventud perenne de la que trataremos más tarde afecta en el tema de este epígrafe a una división dentro de la sociedad y de la misma juventud, entre aquellos que pueden y quieren participar en el *sprint* social y aquellos que, o bien no quieren o sencillamente no pueden.

Uno puede quedar descartado de muchas formas y estas se contemplan de diferente manera según el objetivo del espectador. La ciudad como reflejo del orden estructurado de la comunidad está diseñada para reivindicar y a la vez ocultar esta división. Esta labor de ocultamiento no es un mero subterfugio sino un recurso esencial para el correcto funcionamiento de una aldea global basada en la interacción de las personas a través de la selección informativa. En especial es en la abismal distancia que separa la distribución de la riqueza y los recursos entre ciudades de los estados desarrollados y las de la periferia global donde se puede vislumbrar un mural descriptivo de esta dictadura de la aceleración. Si tomamos por ejemplo la realidad de ciudades como Berlín,

(12)
(Friedman, M. Friedman, R.,
1980).

Londres o Madrid podemos observar sin dificultad como, a pesar de las actuales circunstancias producidas por la situación de crisis económica, las estructuras sociales que garantizan el funcionamiento de los sistemas educativos, sanitarios, de seguridad así como la protección de los derechos del ciudadano sobre los que articula el estado moderno, pese a estar viviendo una transformación cuyos efectos todavía están por ver, siguen funcionando. Esto garantiza dos efectos que facilitan la introducción no traumática del sistema de aceleración progresiva: en primer lugar el ocultamiento, al que nos referíamos antes.

Ocultamiento de la miseria o desplazamiento de la misma hacia zonas de la periferia global que se convierten en proveedoras de mano de obra barata, de recursos energéticos y materias primas, así como de destinos turísticos a bajo precio, pero que no disfrutan de la redistribución de beneficios a cuya producción contribuyen. Desde esta perspectiva podríamos decir que los estados antiguos esclavistas, al reconocer la esclavitud como una realidad de facto, investían al esclavo de una objetividad tangible lo que automáticamente se traducía en el reconocimiento de un Estatus, una suerte de “Derechos de esclavitud”, que por terribles y despiadados que fueran limitaban los excesos del esclavista. En la actualidad, sin embargo, las sacrosantas democracias occidentales consensuan una condena sin paliativos de la explotación ilegal de seres humanos en aplicación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Lejos de suponer esto la erradicación de la esclavitud, sólo contribuye a relegarla a una existencia fantasmal en nuestro percepción cotidiana, pero real en cuanto nos atamos los cordones de unas zapatillas cosidas en Bangladesh, consultamos las llamadas perdidas en un móvil montado en china o buscamos un destino vacacional en nuestro portátil repleto de piezas compuestas de coltán extraídas por un niño en una lejana mina de aluvión en Ruanda. Quizás no estaría de más preguntarles a los ideólogos del nuevo capitalismo neoliberal qué casilla de salida en la “competición por los talentos” le corresponde a este niño cuya esperanza de vida no superará con seguridad el término de la adolescencia.

Ocultamiento de la inseguridad, limitando la inestabilidad bélica a regiones demarcadas geográficamente, donde la violencia terrorista es un fenómeno cotidiano que solo en circunstancias excepcionales salpica la isla de bienestar que es el occidente desarrollado. De hecho es un detalle interesante observar que mientras se producen víctimas a diario en estados como Irak o Siria, los gobiernos occidentales han desarrollado una intolerancia a la realidad que les ha conducido a la ficción de “la guerra sin bajas” (13), en gran medida porque la realidad de la muerte de un joven soldado occidental en la percepción de sus compatriotas resulta fuertemente traumática generando en toda ocasión consecuencias. También porque soldados que no mueren son por extensión soldados que no matan. Al menos a seres humanos. Se comportan como fumigadores de un mal ontológico que carece de rostro general, salvo en contadas circunstancias cuando se encarna en la figura concreta de un terrorista concreto. Pero a nivel más profundo, como explica el filósofo esloveno Slavoj Žižek, también sirve de representación fantasmática de las ansias de violencia que en efecto subyacen a los individuos (14).

Mientras se representan las guerras como irreales juegos tecnológicos donde las bajas son ficticias, proliferan en el mercado productos de entretenimiento, cine y videojuegos cuyo objetivo es que la escenificación de las víctimas y la violencia se produzca de la forma más verídica posible. Estamos frente a una construcción espectral que nos permite sublimar la ansiedad que provoca la evidencia de una mentira del calibre de una guerra sin bajas. Matamos a los “malos” todos juntos en una violenta fiesta social, sin repercusiones, salvo las virtuales.

(13)
(Žižek, 2009).

(14)
(Žižek, 2009).

Ocultamiento de la enfermedad y la vejez. El deterioro físico es difícilmente asumible para un sistema basado en un modelo energético de consumo sin límites y derroche sin cuento. La evidencia de la extinción de la energía, en este caso la vital, es un revulsivo desagradable que se contrarresta a través de diversas soluciones. Por un lado la perpetuación de una imagen atemporal de juventud facilitada por la revolución médica que ha suscrito la cirugía plástica en los últimos años, mientras por el otro se aleja la percepción del complejo de hospitales, institutos psiquiátricos, centros de rehabilitación de toxicómanos, cuya visibilización resultaría contraproducente. Paralelo existencial delineado en claroscuro donde a las enfermedades les corresponde el lugar de la sombra. Ubicado cada vez más al margen del discurrir normal de la vida, se extiende en un trazado urbano propio conformado por asilos, residencias, comedores sociales, y sanatorios.

Contra el velo que se extiende para formalizar esta dimensión del neopositivismo, se proyecta un ideario sencillo basado en la lógica de una competencia que ya no es aquella de la que hablábamos cuando nos referíamos a la carrera de talentos. Es una competencia por lo vital, por la esencia de las fuentes de la vida entendida como capacidad para devorar los bienes del progreso en la sociedad de consumo. La razón, finalmente, del ocultamiento es la de erradicar el sentimiento de culpabilidad a la hora de ejercer nuestro derecho a disfrutar de esta perenne juventud. El debate al respecto de la legitimidad o no de este disfrute queda anestesiada, pues, con el narcótico de la mediación informativa al modo de los lotófagos de la mitología clásica. La juventud entendida como abanico de posibilidades abierto y expandido con independencia de la circunstancia cronológica de cada uno funciona como sello de consagración a un estado de cosas que viene proponiéndose como definitivo. A un modelo de vida que se justifica a sí mismo en clave de fin de la historia, de punto de llegada y cima de la evolución humana. A un mensaje que anima a consumir cuanto más mejor, fiando en que los bienes del progreso, que se derivarán del desarrollo de los medios de producción y consumo, algún día alcanzará en forma de bienestar y prosperidad a esa otra cara del mundo a la que no osamos mirar. A un concepto de vida por lo demás falso, cuyo fantasma solo puede vagar por el decorado de la sociedad neoliberal contemporánea.

Basta con girar la mirada hacia esa otra juventud desterrada del ecosistema privilegiado del primer mundo para descubrir una realidad mucho más dramática. Según datos de las Naciones Unidas la India posee la población juvenil más amplia del mundo. Supera la cuarta parte de los ciudadanos, de un país con alrededor de mil doscientos millones de habitantes, el tramo demográfico entre los diez y veinticuatro años. Ahora bien, según un informe de la OIT, más de 6 millones de niños son forzados a trabajar para mantenerse a sí mismos. Varias organizaciones no gubernamentales que se ocupan de este tema sobre el terreno denuncian que la cifra podría ser considerablemente mayor hasta llegar a multiplicarse varias veces. Las condiciones laborales a las que se ven sometidos rayan en muchos casos la esclavitud.

Como de costumbre en estos casos el sector más perjudicado es el de la mujer, dato tan relevante que ya lleva a muchos expertos a hablar de una feminización de la pobreza a escala mundial. El acceso selectivo a la educación que se produce en detrimento de las mujeres es decisivo al consolidar esta realidad. Esta segregación se acentúa, como es obvio, en los países más pobres y en especial en aquellos donde las estructuras del estado democrático no han prosperado.

Por poner un ejemplo, mientras que en España la tasa de alfabetización de las mujeres entre 15 y 24 años es del cien por cien, en Costa de Marfil es del 39 por cien según informe del Banco Mundial (15).

(15)
(Banco Mundial, 2015).

Si estos contadores nos resultan lejanos deberíamos tener presente el éxodo actual de los jóvenes españoles en busca de una mejor oportunidad vital. La cantidad oscila entre cifras de proporciones bíblicas mientras la sangría migratoria continua produciéndose. La evidencia de un horizonte sin esperanzas es el principal factor que impulsa este movimiento y la situación no tiene trazas de ir a mejorar en un futuro próximo. Pero el núcleo esencial de esta problemática sigue percibiéndose en el ocultamiento. Hablemos a nivel global o a nivel europeo o local, podemos ser testigos, si así lo queremos, de la quiebra de un modelo. Todo depende de que nos propongamos levantar el velo. Si entendemos la actual crisis como un fenómeno mundializado, que no solo refiere a un mal financiero sino sistémico, encontraremos una de las claves fundamentales. Sería un error percibir el ensanchamiento del abismo no solamente entre caras del mundo, sino entre los diferentes estratos económicos en el seno de los estados, en términos de contingencia necesaria. Aduciendo al encadenamiento del efecto que se sigue de la causa para justificar una supuesta conexión lógica, histórica, cuando no ineludible de los ciclos de la economía. Base ésta de las tesis de quien avala que a cada estancamiento mesetario habrá de seguir necesariamente una elevación en el progreso. Volvemos así a la asunción de la doctrina que alimenta el mito del modelo actual como meta de llegada inexorable. Pero si repasamos con mayor detenimiento los verdaderos resortes que subyacen a la estrategia de ocultamientos que hemos descrito más arriba el panorama es bien distinto. Los criterios que acuñan eufemísticamente conceptos tales como “guerras justas” o “preventivas”, “carrera de talentos”, “coherencia económica”, “desarrollo sostenible”, “ajustes de mercado”, “regularización fiscal”, “racionalización de servicios sociales” y muchos más no obedecen a un proceso de renovación ideológica que responda a la actual etapa de progreso que se supone preside el cambio de siglo. Más bien surgen de la recuperación de un viejo discurso tamizado por el filtro de lo nuevo que no es tal. El neoliberalismo, como todo “neo”, no es sino el mismo plato viejo precocinado con diferente guarnición. El perfil oculto que conlleva la instauración de lo caduco es sin lugar a dudas la invitación al nihilismo. La actual estética de desconfianza hacia las instituciones, de descrédito general ante las opciones que plantea el sistema democrático occidental por parte de las personas que alcanzan la etapa en la que se les exigirá una implicación real en el sistema, es un hecho. Quizás convendría reparar en ello.

9. Mundo infinito, mundo inmediato, mundo determinado e infinito menguante

La imagen del mundo moderno en la que nos movemos se corresponde, por esotérica que pueda parecer la afirmación, con aproximadamente los últimos quince años que llevamos recorridos del siglo XXI. Resulta inquietante hablar de esta manera cuando el término moderno se ha empleado de forma varia para referirse a distintas épocas muy distantes entre ellas. La Edad Moderna puede remitir a la época que coincide con el inicio del reinado de los Reyes Católicos o la caída de Constantinopla y llega hasta la Revolución Francesa. Moderno fue el ecosistema intelectual y social que alentó La Ilustración, modernos eran los protagonistas de aquella inolvidable película de Alan Rudolph que describía los avatares del mundillo del arte en el París de los años veinte, moderno es este mismo minuto que, como tal, no existe pues será distinto dependiendo del momento y de quién lo lea. El concepto de modernidad es por tanto vago y polimorfo, se corresponde con una región que nunca acaba por quedarnos muy clara y que puede darnos una ingrata sorpresa. Exactamente igual que el de juventud. Para los parámetros actuales el significado y la determinación de la juventud sigue idéntico camino al de la modernidad. Esto es así porque el mundo en el que debieran anclar sus

coordinadas se ha expandido en dimensiones que superan las tres clásicas y conocidas. Hasta no hace mucho la juventud era aquello que no se era ya a partir de ciertos años. Aquel lugar dorado cuyo único mal residía en que uno ya no pertenecía a él, en palabras del genial Dalí.

Sin embargo, volviendo al tema de las proyecciones espectrales, el dilema interno de la juventud parte o partía de un conflicto esencial. Uno de los principales logros de la era global ha sido anular en gran medida esta contradicción. La erótica exuberante de la juventud ha monopolizado el pensamiento literario y artístico desde los poemas de Cátulo hasta las óperas de Wagner, pasando por los ideales revolucionarios o los locos veinte. Y esta erótica tiene que ver precisamente con la incoherencia del ser humano que amando incondicionalmente la juventud ansía superarla como requisito para seguir viviendo. En el fondo del dilema la muerte, referente constante en unas sociedades, las pasadas, en las que la vida dependía de una endeble seguridad. El cambio de paradigma que supone la superación de esta contradicción, inherente al concepto de juventud, podría resumirse en la paradoja de que hoy en día, a diferencia de tiempos pasados, ya nadie aspira a viejo.

Por tomar como centro de interés el caso español en 1900 la población nacional ascendía a 18.600.000 habitantes. La tasa de mortalidad era del 29/1000 compensada por una de natalidad razonablemente alta 34/1000. La tasa de mortalidad no estaría muy lejos de la de un país del tercer mundo actual. De los recién nacidos fallecía la cuarta parte antes de alcanzar el año de vida, mientras que el 60 por 100 de la mortalidad anual se debía a enfermedades infantiles del aparato digestivo. De los supervivientes a esta terrible criba le esperaba un nuevo rasero a los treinta y tres años aproximadamente, edad que sólo habría de superar la mitad. La esperanza de vida rondaba los treinta y cinco años y las diarreas estivales causaban estragos entre la juventud siendo responsables de hasta la cuarta parte de las muertes (16).

Durante los siglos pasados la literatura y el arte nos legaron una visión ambigua del concepto de la juventud. Mientras por un lado se concebía como el ámbito del atolondramiento, de lo incondicionado y lo casual, una existencia que no buscaba justificación de por sí, cuyo único sentido era lo automático y espontáneo de la vida cristalizado en el goce de la belleza sensible que emanaba de una sexualidad terrena. La otra cara de esta moneda vislumbraba en ella un polo de manifestación de lo ultraterreno, algo efímero que, por su propia naturaleza fugaz, se situaba en connivencia con el misterio intangible del espíritu. Asimismo se fundaba en ella, en caso de superar con éxito esta etapa incierta, la esperanza de consagrar la peculiar eternidad que suponía la conservación del apellido en la línea de sangre. Pero en cualquier caso inherente a la idea de la juventud se hallaba la de lo fragmentario y lo incompleto. Los mitos, las tradiciones y la literatura nos han transmitido incontables ejemplos. Uno de los no menos pintorescos hace referencia al contenido simbólico de la palabra "golem" alejado de la habitual referencia al gigante de barro. En pasajes de la literatura talmúdica viene a designar una vasija inacabada por relación con la imagen de la mujer incompleta, joven, que todavía no ha sido "completada" por la acción del marido que le hace culminar su destino natural convirtiéndola en recipiente de la futura progenie (17). Las vestales destinadas desde los seis años al culto de la diosa y debiendo permanecer vírgenes durante su desempeño, o los rituales del rey y la reina de pentecostés no son sino varios entre los muchos ejemplos que vienen a ahondar en el difícil binomio fragmentario-místico en cuyas coordenadas venía a quedar inscrito la incierta cartografía juvenil (18).

(16)
(Tusell, 2007).

(17)
(Idel, 2008).

(18)
(Eliade, 2011).

Desde esta perspectiva la juventud se sublima únicamente cuando jamás abandonaba su estadio, es decir, cuando la muerte viene a disolver lo fragmentario en lo eterno, consagrandolo así la esencia mística de héroe o la heroína. De resultas de este hecho trascendental el joven se

espiritualiza completándose, alcanzando el conocimiento reservado a quien cruza el umbral de lo material. La joven Beatriz, objeto de los desvelos del poeta, sólo alcanza la perfección de su esencia y con ella la sabiduría una vez muerta. El no menos joven doncel que guarda en Sigüenza su propio cadáver reposa relejendo las páginas de un libro.

Quien alcanza la madurez es aquel que se ha impuesto a la naturaleza, que ha superado el desafío lanzado por la vida y por tanto accede al saber de la experiencia, al conocimiento del mundo de aquí. Único superviviente, se convierte en objeto de respeto, que no de culto místico, en un venerable anciano, un símbolo simultáneo del triunfo de la vida sobre el destino, de la razón sobre la naturaleza. Cuando Breno penetra en Roma solo se encuentra con los ancianos senadores para recibirle. Confundiéndolos con estatuas, al tirarle de la barba a uno de ellos, uno de los galos invasores recibe un bofetón. El senador ha perdido su mágico hieratismo, hecho que le cuesta la vida (19). La senectud adivina las leyes que rigen el “*reino de este mundo*”, sabiduría que al joven bárbaro asombra y asusta a un tiempo.

Entendemos así que tanto la juventud como la vejez establecían regiones simbólicas. Ambas por relación con lo temporal. Mientras la segunda ejercía su simbolismo en el plano material, la primera remitía a un plano ultraterreno. La vieja división platónica. Esta búsqueda de referencialidades, límites y señales por las que el individuo se define como tal configura una constante a lo largo de todas las sociedades y de todas las épocas. Solo la nuestra actual, como afirmaba Rene Guenon, constituye una anomalía a ese respecto (20).

No sería difícil trazar las líneas maestras que prefiguraban estos límites en el pasado. Los pueblos y las ciudades españolas son testimonios fehacientes. Si a la generación de preguerra le correspondía como límite espacial el binomio pueblo-ciudad, dentro del trazado urbano en una población extensamente rural el límite simbólico por el que transcurría la vida conducía de la iglesia al ayuntamiento. Históricamente este horizonte no superaba el contexto de la tradición familiar y de esta manera en el ámbito laboral se tendía a la sucesión hereditaria de las profesiones. Esto era particularmente así en cuanto a las clases menos privilegiadas donde la necesidad imponía que tanto el hijo del labrador como del minero sucedieran a su padre en el nicho ocupacional, pero tampoco era muy distinto en el ecosistema de los grandes negocios familiares.

Si este paradigma cambia a grandes rasgos a raíz de la transformación social que conlleva para el occidente europeo el desarrollo del estado de bienestar, con la movilidad social que supone el desarrollo del consumo de masas, no es menos cierto que se pueden observar en los años cincuenta, sesenta y setenta similares referencias. Ahora se hallarán más vinculadas a las realidades estructurales del sistema, sindicatos, fábricas, partidos políticos, derechos... pero aun así se pueden discernir como centros de referencia con respecto a los que se fragua la identidad de las generaciones que van tomando el relevo.

La paradoja de la realidad actual en el caso español es que sin lugar a dudas nos hallamos ante la generación joven más preparada de la historia, y sin embargo es la que más dificultades encuentra para definir una identidad que asegure un proyecto de vida propio y autónomo. Solo por mencionar currículos de dos de las personas mencionadas en este artículo, Silvia Delgado e Ina Böttger, nos encontramos con que ambas tienen dos carreras, además de varias titulaciones de post grado entre las que se cuentan másteres y doctorados. Ninguna de las dos habla menos de tres idiomas: inglés, francés, alemán y español en el caso de Silvia; inglés, alemán y español en el de Ina. Poseen experiencia profesional pese a su juventud y, sin excepción, han tenido que interpretar todo un periplo que ha terminado por conducir las al extranjero como única opción para hallar una posición laboral acorde con su calidad profesional.

(19)
(Lívio, 1997).

(20)
(Guenon, 1995).

Los factores sobre los que se fragua esta problemática son muy variados, pero todos tienen que ver con la disolución del centro o de los centros de referencia que la moderna globalización económica arrastra consigo. Que esta disolución se produzca no es nada malo en sí, más bien todo lo contrario. La evolución histórica se articula sobre dichos procesos de transformación. El fondo del problema radica en que no parece estarse definiendo una alternativa de paradigmas. Estos deberían brotar desde las estructuras de los estados, de las instituciones internacionales, de las iniciativas sociales y establecer un diálogo orientado a la conformación de una realidad donde resultara plausible encuadrar nuevos modelos de convivencia. En lugar de ello a lo que asistimos es a la erosión de los conceptos de estado y ciudadanía, de los marcos legales garantes de seguridades laborales, de los valores y derechos que habían supuesto criterios de sentido viables para sustentar un horizonte de futuro.

Esto se evidencia especialmente en la dificultad con que tropiezan los núcleos familiares los cuales, frente a las proclamadas relaciones de igualdad en competencias, derechos y obligaciones con respecto a lo público y lo privado, no encuentran contrapartida que facilite el desarrollo de éstas en el mundo laboral. Aquí muchas mujeres se ven forzadas a renunciar a la maternidad o incluso a congelar sus óvulos con el fin de poder realizar sus aspiraciones profesionales en una marco de competitividad condicionada por lo masculino. Conforme el mundo se amplía y la globalización se convierte en un hecho las articulaciones conceptuales para situar valores de referencia localizables se asemejan al intento de pintar rayas sobre el océano. Los resultados se están viendo en los procesos de crisis actuales, traducido en éxodo de jóvenes en busca de oportunidades o en la realidad a la que muchos de ellos se enfrentan al tener que asumir que desempeñarán ocupaciones muy por debajo de los estudios que realizaron. Por no hablar de los amplios colectivos de jóvenes que viéndose en el linde marginal de la exclusión, sea resultado del empobrecimiento a que la nueva situación ha conducido a sus familias o a la incapacidad del estado para facilitar su integración en virtud de descendientes de o, ellos mismos, inmigrantes, pierden confianza en las instituciones democráticas y se orientan hacia formas distintas de radicalismos, ya sean nacionalistas o religiosos.

Frente a ello se postula, como ya decíamos, por parte de determinados sectores un mensaje de invitación al consumo lúdico, a la complacencia, al no preocuparse demasiado y vivir el momento, como expresaba con singular éxito entre otras muchas campañas publicitarias la de una conocida marca de productos dirigidos hacia los jóvenes, cuyo eslogan principal rezaba "*Be stupid*" (sé estúpido). Las imágenes animaban a protagonizar "acciones" supuestamente originales, pero por supuesto totalmente inocuas y vacías de sentido en la que chicos y chicas desafiaban de manera absolutamente inofensiva y absurda un supuesto "*establishment*" social. A guisa de leyenda para subrayar el título principal podían leerse admoniciones tales como: "*Stupid may fail, smart doesn't even try*" (el estúpido puede fallar, pero el listo ni siquiera lo intenta), "*Smart Critiques, stupid creates*" (el listo critica, el estúpido crea), "*Smart listens to the head, stupid listens to the heart*" (el listo escucha a su cabeza, el estúpido escucha a su corazón). Al cabo de una somera exposición a semejante machaqueo publicitario los beneficios incalculables que se desprenden de la abdicación de las propias facultades intelectuales queda fehacientemente inscrito en el córtex cerebral del público. Y sin embargo, éste es solo uno más en la inagotable lista de ejemplos, pertenecientes no solo al ámbito de la publicidad, que podrían destacarse aquí. Lo significativo de la cuestión es que queda lejos de integrar una lista de detalles anecdóticos. No estamos ante un mensaje que haya surgido porque sí, fruto de la imaginación más o menos brillante de un creativo empleado en una empresa de publicidad. En absoluto. Se trata de una flor que germina en terreno abonado para ello. Es efecto, no causa. Cuando se invita a la estupidez o, en expresión menos burda, a la

renuncia a una postura activa, crítica y efectiva frente a la realidad, lo que se está ventilando no es otra cosa que la escenificación de un dilema de proporciones graves. Aquel con el que tiene que lidiar hoy en día cada ser humano que se enfrenta de nuevas con el fenómeno de la mundialización de la existencia: la ausencia de un centro reconocible y la multiplicación por infinito de toda referencia posible.

Conclusión

El título de este último epígrafe tal vez pueda llevar a engaño. El tema que he venido desarrollando difícilmente podría asumir un cierre conclusivo, pues mientras escribo esto la realidad global, ese ente proteiforme, sigue evolucionando. Sería por mi parte una muestra de soberbia cuanto no de estupidez temeraria pretender poner un sello normativo o significante a este proceso. En las tesis desarrolladas a lo largo de estas páginas mi única voluntad, y consideraría satisfechas mis aspiraciones de haberlo conseguido, es abrir espacios de reflexión sobre circunstancias que considero son problemáticas reales que se están produciendo en este nuevo recorrido de la sociedad global. Pese a que soy consciente de la existencia de voces que defienden la idea contraria proclamando que aún estamos a distancia, que conceptos tales como sociedad global, espacio mundializado, sociedad informacional, hacen referencia a modelos cuyos compases iniciales podemos discernir pero que aún no se han consolidado, mi análisis pretende defender la idea de que nos hayamos ya de lleno en dichos modelos. Que sean susceptibles de cambio y evolución no quiere decir que el paradigma de Sociedad, Estado y Mundo que caracterizó una época -desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta el inicio de la Revolución Tecnológica que se fragua en los ochenta y se consolida en los noventa- no haya sido sustituido por uno nuevo.

Sin embargo, y tal vez por ello mismo, pretender renegar de la realidad global como concepción es un esfuerzo inútil y absurdo. En primer lugar es inútil porque, consecuentemente con la realidad global, el mundo en el que vivimos incluye tanto al que está a favor como al que reniega de ella. Este último no queda menos inserto en el sistema de relaciones globales por el ejercicio de su oposición que el defensor de éstas. Como hemos visto en las partes dedicadas a los modelos de conducta, la rebeldía tiene su lugar privilegiado y perfectamente asimilado en el modelo global. No es una realidad entre otras posibles, es la realidad o la ficción, el pacto ideológico de convivencia que hemos decidido suscribir. En segundo lugar resulta absurdo, puesto que oponerse a un proceso global cuya meta supondrá el logro de un intercambio más fluido, rápido y continuado entre los diferentes colectivos humanos no solo es algo inevitable en el desarrollo de las sociedades sino una aspiración inherente a la naturaleza humana.

Por descontado, ello no implica que obviemos el riesgo real que puede suponer una hoja de ruta equivocada. La globalización como fenómeno no es un producto objetivo, cerrado y determinado. Supone más bien una categoría conceptual que, tomada al margen de su aplicación real, resulta inocua. Semejante a una melodía, al igual que ésta, depende de la clave en la que se interprete. Si se impone la clave neoliberal, que no nos quepa la menor duda, asistiremos al surgimiento de un mundo en que lo global no responderá ni de lejos al reparto de los bienes del progreso, sino a la distribución selectiva de las desigualdades. De aquí habrá de surgir un abismo que ineludiblemente condicionará el futuro de las generaciones que han de venir.

Nuestra responsabilidad descansa en afrontar las problemáticas, muy reales, que podemos observar en el día a día. Problemáticas que adquieren una visibilidad específica en el actual contexto de crisis. La forma en la que superemos ésta presente coyuntura, por su

trascendencia, será esencial en la conformación de valores que legaremos a una juventud que debe tomar el testigo del cambio generacional. Porque, no nos llevemos a engaño, lo que se nos viene encima ante el proceso traumático de consolidación de esta nueva realidad es una crisis de valores sin precedentes. Si queremos una juventud libre el balón está en nuestro campo, puesto que los que han vivido más conocen que otros modelos si funcionaron, que no estamos ante el fin de la historia, ni en el mundo de la no-ideología, y desde luego que esta no es la única opción. Si la realidad global es ineludible, la transvaloración de ciertos valores es una opción real y no tan complicada. Hay alternativas.

Si consentimos en abdicar de tal compromiso claudicando ante el espejismo de lo inevitable, postulando la política de hechos consumados cuya base teórica defiende que las cosas sólo pueden ser tal y como son, independientemente de las injusticias que conlleven, seremos cómplices de legar un mundo peor a las generaciones venideras.

El proceso de transformación en los recursos, en los medios de comunicación, en el progreso de las tecnologías, de la ciencia médica, etc. que acompaña al desarrollo de la globalización supone, qué duda cabe, la posibilidad abierta a conseguir todo lo contrario. De extender estas ventajas de forma global es seguro que los jóvenes, el mundo que ha de venir, podrán vislumbrar ese "mundo de ayer" en calidad de instancia redimida de sus pecados pasados, y no solo me estoy refiriendo a los dos terribles conflictos bélicos. Pero para eso es necesario, si no imprescindible, que los sujetos puedan ser capaces de construir tanto su identidad individual como las comunidades dibujar sus identidades colectivas en espacios de igualdad y libertad. A este efecto los colectivos humanos que en base a fuertes sentimientos solidarios encaucen sus esfuerzos en aras a desarrollar estructuras sociales tales como educación, sanidad, políticas de redistribución de bienes, etc. no solamente estarán contribuyendo al bienestar directo de sus semejantes, si no que estarán sentando un precedente con el ejemplo. Si la antigüedad clásica veneraba a sus héroes y a sus legisladores legendarios, por alguna razón sería.

La globalización funciona en infinitas direcciones en calidad de su estructura esférica. Como tal, el laberinto ha sido insinuado, o al menos así se ha intentado. A quien esto suscribe no se le escapa que el objetivo del estudio, así como de la publicación en su conjunto, va dirigido a una juventud concreta: la española. Sin embargo hablar de la juventud en los espacios mundializados de la realidad global y referirla a un punto identitario, espacial, concreto, resultaría una limitación insostenible para el análisis que se pretende. Cuando hablamos de juventud española ante la globalización en realidad estamos básicamente refiriendo a un objetivo que actualmente, cada vez más, se encuentra repartido por el mundo. Intensificado esta circunstancia gracias a la actual realidad de exilio laboral, paulatinamente dejara de ser más juventud española para pasar a convertirse en juventud hispano-chilena, hispano-alemana, hispano-italiana... y a la larga ya sólo será juventud mundial. Es por ello que al analizar las divergencias, los abismos, los planos oscuros que se abren en esta realidad mundial es menester contemplar a la juventud como esa generación habitante de la totalidad de un planeta caracterizada por unas circunstancias específicas. Solo así hallaremos claves útiles tanto para proyecciones de futuro como para cortar las ataduras de lastres ideológicos que pervierten una visión genuina de la historia y del lugar que ocupamos en ella. La apertura de problemáticas supone establecer cauces para la contradicción, y así como algunas líneas entre las expuestas parecen chocar las unas con las otras no se puede negar que esa es una representación pictórica bastante ajustada a la realidad.

En la mayor parte de los casos, las contradicciones no son tales. Sencillamente se trata de un error de apreciación surgido de una excesiva

proximidad al dilema. Tenemos tiempo por delante para adoptar una postura alejada e imparcial, lo que no implica ausencia de compromiso.

De lo contrario corremos el riesgo de entregar a la juventud que ha de venir a una eterna persecución de fantasmas. Al mundo del nihilismo donde cada uno se diluye en el disfraz de quien no es. Tergiversando su identidad para subsistir, como el desdichado Provincial, mi tatarabuelo, exiliado vital tanto de sus orígenes napolitanos como de su propia familia española, que ni siquiera conocía su verdadero nombre.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, H.**, 2005. *La condición humana*. s.l.: Paidós.
- Banco Mundial**, 2015. *Tasa de alfabetización, mujeres jóvenes (% de mujeres entre 15 y 24 años)*, s.l.: Grupo del Banco Mundial.
- Eliade, M.**, 2011. *Tratado de Historia de las Religiones*. s.l.: Ediciones Cristiandad.
- Foucault, M.**, 2012. *Tecnologías del Yo y otros textos afines*. s.l.: Paidós.
- Friedman, M. Friedman, R.**, 1980. *Libertad de elegir, hacia un nuevo liberalismo económico*. s.l.: Grijalbo.
- Gaja i Díaz, F.**, 2010. *Revolución Informacional, Crisis Ecológica y Urbanismo*. s.l.: Universitat Politècnica de València.
- Galbraith, J. K.**, 2011. *La cultura de la Satisfacción*. s.l.: Ariel.
- Gomez, C. Mugerza, J.**, 2009. *La aventura de la moralidad (Paradigmas, fronteras y problemas de la ética)*. s.l.: Alianza Editorial.
- Guenon, R.**, 1995. *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*. s.l.: Paidós.
- Hobsbawm, E.**, 2003. *Historia del siglo XX*. s.l.: Crítica.
- Idel, M.**, 2008. *El Golem*. s.l.: Siruela.
- Livio, T.**, 1997. *Ad Urbe Condita*. s.l.: Gredos.
- Máiz, R.**, 2009. *Teorías políticas contemporáneas*. s.l.: Tirant lo Blanch.
- Nietzsche, F.**, 2002. *La gaya ciencia*. s.l.: Edaf.
- Ortega y Gasset, J.**, 2005. *¿Qué es Filosofía?*. s.l.: Alianza Editorial.
- Quesada, F. Editor**, 2008. *Ciudad y ciudadanía. Senderos contemporáneos de la filosofía política*. s.l.: Trotta.
- Rawls, J.**, 2010. *Teoría de la justicia*. s.l.: Fondo de cultura económica.
- Tusell, J.**, 2007. *Historia de España en el siglo XX*. s.l.: Taurus.
- Vanguardia, L.**, 2013. *La Vanguardia*, 19 9.
- Zizek, S.**, 2009. *El Frágil absoluto o ¿Por qué merece la pena luchar por el legado cristiano?*. s.l.: Pre-Textos.